LUIS CARLOS BURAYA

EL ARCHIMANDRITA

⊚ adaliz

El Archimandrita

LUIS CARLOS BURAYA



Primera edición, diciembre de 2016

© Derechos de la primera edición reservados

© adaliz ediciones

⊕ www.adaliz-ediciones.com

⋈ info@adaliz-ediciones.com

facebook.com/adalizediciones twitter.com/adalizedic

Colección: Novela

© Luis Carlos Buraya

Edición, maquetación, cubierta y diseño: © adaliz ediciones

Diseño de cubierta: Mónica Buraya Boned

Impresión: Cimapress

Impreso en España / Printed in Spain

ISBN: 978-84-945173-6-5 Depósito Legal: SE 1728-2016

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright».

El Archimandrita

LUIS CARLOS BURAYA



Los libros que están impresos con licencia de los reyes y con aprobación de aquellos a quien se remitieron, y que con gusto general son leídos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados e ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente, de todo género de personas, de cualquier estado y condición que sean, ¿habían de ser mentira?; y más llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas, punto por punto y día por día, que el tal caballero hizo o caballeros hicieron.

"Don Quijote de la Mancha"

Miguel de Cervantes

Ponderemos los riesgos de quien toma el partido de creer en la existencia de Dios. Si gana, lo gana todo. Si pierde, no pierde nada.

Pascal Blaise

Todo el mundo debe creer en algo... y yo creo que voy a pedir otra copa. **Groucho Marx**

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
PARTE I. EL ANCIANO Y LA ESTATUILLA	15
I. EL EXTRAORDINARIO FINAL DE UN ANCIANO VENGATIVO.	17
II. LOS ENIGMÁTICOS "ROLLOS DEL MAR MUERTO"	89
III. EL PRIORATO DE SIÓN Y EL BARÓN ROJO	.113
IV. CURAS, TUMBAS, MEROVINGIOS Y TESOROS PERDIDOS	.187
V. CÁTAROS, CADÁVERES, CERVEZA Y EL "ORIENT EXPRESS"	.225
VI. TURCOS, TEMPLARIOS Y UN GIRO INESPERADO	.339
PARTE II. CARRERA HACIA EL FIN DE LOS TIEMPOS (CON UN	
DESENLACE ASOMBROSO)	.393
VII. UNOS CUANTOS AÑOS IRREPETIBLES	.397
VIII. EL (AUTÉNTICO) REINO DE LOS CIELOS	.421
EPÍLOGO	.457

INTRODUCCIÓN

Corría el año 2001 cuando una joven investigadora italiana, buceando en los archivos vaticanos, encontró un antiguo documento que fue bautizado como "El pergamino de Chinon". Aunque por entonces ya eran muchas las novelas históricas que de una u otra forma habían tocado, amasado o destripado el tema de los templarios, porque había un interés creciente por la historia de los caballeros guerreros, a raíz del descubrimiento de ese pergamino la curiosidad se convirtió en una desbordada pasión universal que dio origen a cientos de libros, películas, series de TV... y a esta novela, que tiene una particularidad: aborda el tema desde una óptica distinta: la del humor, la ironía y la sátira, pero respetando escrupulosamente la base histórica real, cosa bastante rara en los tiempos que corren.

No resulta fácil tratar de introducir a nadie en un libro como éste, por bondadoso y amable que sea el lector que, debido a alguna extraña jugada del destino, tiene ahora en sus manos este tomo, sobre cuyo contenido se hará sin duda numerosas y muy justificadas preguntas. ¿Es una novela histórica, como parece desprenderse de su título? ¿Es una novela de misterio, intriga y sangre, es decir, un *thriller* al nuevo estilo, cuya esencia principal radica en las patadas de chino, los asesinatos chapuceros, el sexo más sórdido y desviado y los desenlaces más imbéciles? ¿Es un relato irónico en el que se

cuentan cosas difíciles de creer, o quizá tales cosas son ciertas y la ironía es uno de los instrumentos que aquí se utilizan para suavizar y disfrazar una realidad cutre y penosa, haciendo que el lector tome por meras invenciones lo que, sin embargo, son hechos que ocurrieron tal como se cuentan?... Sea como fuere, el hecho de que usted tenga este libro en sus manos, independientemente de si lo ha comprado –cosa que le agradezco mucho si es así–, lo ha pedido prestado sin intención de devolverlo o simplemente lo ha robado en un descuido del empleado de la tienda –lo que en ese caso sería muy reprobable y mezquino–, demuestra que ha sentido un cierto interés por él, y eso ya es suficiente motivo para hacerle partícipe de esta breve explicación inicial.

Lo que va usted a empezar a leer, y que sin duda va a leer entero, ya que yo creo que es interesantísimo y aparecen tantos personajes que hasta cabe la posibilidad de que sea usted uno de ellos, es "casi" completamente real, sólo que en ciertos aspectos bastante disfrazado, por prudencia, más que nada.

Gracias a mi profesión y a los lugares y situaciones a las que ésta me condujo, pude ir pergeñando el pintoresco periplo que aquí se describe y que, con las pertinentes variaciones en el tiempo y en los personajes, fue realizado y vivido en el mundo real aunque, por supuesto, con distintos fines a los del protagonista de esta historia. Con una excepción esencial: la parte final del libro, puntualización ésta absolutamente gratuita, ya que el lector no se tragaría ni nadando en vino que lo que ahí acontece lo haya podido vivir nadie.

Así pues, las múltiples y muy variadas conversaciones o pequeñas aventuras con personas y personajes que aparecen aquí no son, en muchos casos, mera ficción, sino que se produjeron realmente, entrevistas auténticas que en su día se publicaron en periódicos y revistas; frases, conceptos o afirmaciones que va a leer usted aquí fueron pronunciadas realmente por aquellos en cuyas bocas las pongo ahora, y se encontrará con las intervenciones ocasionales de una serie

INTRODUCCIÓN

de estrellas de la música mundial y nacional, actores famosos y gentes similares que surgen de una forma eléctrica, como protagonistas de un episodio del relato o simplemente como meros –aunque muy vistosos– comparsas.

Pero vayamos al grano. Todo empezó una tarde cualquiera, allá por 1980...

I PARTE EL ANCIANO Y LA ESTATUILLA

CAPÍTULO I

EL EXTRAORDINARIO FINAL DE UN ANCIANO VENGATIVO

1980 - Madrid (España)

Era una tarde como cualquier otra, sin nada especial en el ambiente; no había señal alguna que permitiese suponer que iba a ocurrir algo terrible, y además, bastante fuera de lugar. Pero ocurrió.

En la época en que toda esta asombrosa historia empezó a tomar forma, la redacción de un diario de Madrid no solía ser, como tampoco solían serlo las de otros periódicos de cualquier parte del mundo, un lugar especialmente emocionante, atractivo ni dulce; algún que otro grito, algún insulto suelto y algunas risas exageradas –en ciertos momentos tabernarias— componían el habitual sonido de ambiente de aquellos laboratorios en los que se daba forma a un surtido de relatos de acontecimientos importantes y a otra variada mezcla de innumerables sandeces surrealistas, ingredientes todos para el relleno de las páginas del periódico del día siguiente que, en el fondo, formaban la realidad del mundo de cada día a la medida de los gustos de cada lector de cada periódico, como ha sido siempre y así seguirá siendo.

Todo transcurría relativamente tranquilo, porque a las cinco y media de la tarde aún no había empezado el auténtico

baile, el de las horas cercanas al cierre de la primera edición. Pero era sobre esa hora cuando comenzaban a llegar al periódico los reporteros y redactores que solían pasarse los días por ahí, haciendo información de calle, mientras que los dedicados a las tareas de mesa, que ya llevaban horas sentados en sus sitios, se preguntaban en qué bar o en qué cualquier otro lugar semejante estarían perdiendo el tiempo los anteriores. Y esa era también la hora en que las visitas sin cita previa, de gentes que deseaban encontrar a algún periodista, solían aparecer por el edificio. Aquellos visitantes imprevistos se lanzaban a exponer ante los conserjes del vestíbulo los más diversos motivos para justificar su deseo de entrevistarse con el periodista buscado, motivos que iban desde la entrega de un regalo en agradecimiento por alguna cosa -razón ésta que pocas veces solía esgrimirse- hasta el de venir a comunicar una importante noticia que al redactor en cuestión iba a importarle mucho. Pero rara vez alguna de esas visitas era portadora de algo interesante, aunque en ocasiones, muy celebradas luego, acaecían en el vestíbulo escenas realmente dignas de posteriores análisis y sangrantes comentarios.

Nada parecía indicar que aquella tarde de la primavera de 1980, una de aquellas visitas imprevistas, la más extraordinaria de toda la larga existencia del centenario rotativo, fuese a terminar de una manera tan extravagante para todos los que la presenciaron y tan terrible para el protagonista de esta historia, un tal Alex Runner, reportero de investigación y crítico de Rock&Roll. A sus treinta años, llevaba ya una década trabajando en revistas musicales, y en los últimos cinco, al llegar a aquel periódico, se había convertido también en enviado especial para catástrofes además de reportero de sucesos y de investigación de los más variopintos asuntos sucios. Su vida no era, por tanto, aburrida en modo alguno, pero los dos peculiares mundos en que ésta se desarrollaba hacían que, de paso, tampoco fuese una vida que pudiera considerarse ejemplar.

Aquella tarde, los tres conserjes de turno en la recepción cumplían con estricta sobriedad las obligaciones de su cargo. Estas funciones consistían, básicamente, en saludar con gran respeto a las personalidades de importancia que entraban o salían -directivos, en su mayoría-, ignorar el saludo de otros seres menos significativos -casi siempre recaderos, becarios y algún que otro redactor especialmente borde- y jalear con alegría y todo tipo de bromas y comentarios groseros la llegada o la partida de los periodistas que les caían bien. Esta forma de proceder de los conserjes formaba parte de la vida cotidiana de cualquier periódico, como, de la misma forma, en todos se daba también el curioso hecho de que la mayoría de ellos ostentaran los nombres y apellidos más originales, sonoros y espectaculares, unos nombres que parecían encerrar en su genealogía un resumen de la historia de la Humanidad en todas sus vertientes. Aquella tarde, los tres puestos de la mesa de recepción albergaban a Abderramán Estantería, Abundio Chupete y Emeterio de la Almudena, este último un hombre triste y melancólico, de quien siempre se comentaba que debió tener un padre especialmente sórdido y malintencionado para ser capaz de imponerle semejante nombre¹.

Y fue en esa tranquila hora de la media tarde cuando el anciano llegó, como una furia desatada, exigiendo ver de inmediato a un tal Alex Runner y advirtiendo, de entrada, que si no era recibido inmediatamente tomaría unas medidas que dejarían pequeño aquello de Normandía. Era un caballero de reducido tamaño, posiblemente debido a los 90 años que arrastraba; conservaba su cabello, blanco con algunas hebras grises, al igual que un hermoso mostacho estilo inglés que lucía con prestancia. Iba bien vestido, aunque era evidente

¹ La casi literal coincidencia del nombre del citado conserje, Emeterio de la Almudena, con el de la mayor necrópolis de Madrid, el Cementerio de la Almudena, explica la tristeza de carácter del pobre hombre y da además una clara idea de la miserabilidad de su padre.

que hacía ya tiempo que la moda había dejado de interesarle. Llevaba una chaqueta de tweed a cuadritos marrones, camisa blanca, corbata oscura, pantalón gris y unos relucientes zapatos negros, gruesos y compactos que, o le quedaban grandes, o revelaban que el caballero poseía unos pies realmente colosales para su escasa alzada. Su pequeña pero imponente figura se complementaba con un bastón, elegante pero quizá demasiado grueso –de hecho, más que un bastón parecía un garrote vikingo– con una sólida empuñadura de plata que representaba la cabeza de un rugiente león.

El evidente estado de irritación del nonagenario y su carencia de afabilidad no hicieron, en un primer momento, la menor mella en los tres ocupantes de la gran mesa de madera que dotaba de seriedad y sobriedad a la recepción. Eran veteranos acostumbrados a presenciar broncas, y no era fácil que se asustasen de un viejo caballero que parecía salido de una película inglesa de época, por muchas y muy atroces amenazas que profiriese. Y tampoco, pese a que hablaba bastante bien español, el marcado acento escocés (de Glasgow) del anciano aportaba gravedad a su indignación, como evidenciaba el hecho de que Abderramán, mientras escuchaba atentamente el discurso del longevo personaje, comentase discretamente con Emeterio el sorprendente parecido entre el visitante y el Pato Donald, comparación poco respetuosa, aunque muy acertada para quienes presenciaban la escena.

-Cálmese, caballero, voy a ver si localizo al señor Runner. ¿Quién le digo que desea verle?

-General Thomas Bronswick, retirado. Dígale a ese bastardo que permaneceré aquí, sin moverme, hasta que pueda decirle lo que le tengo que decir. Esperaré los años que haga falta -la firmeza que evidenciaban sus palabras hizo comprender a todos que más valdría buscar a Runner si no querían tener que bregar con el visitante durante horas. Así que Abderramán cogió el teléfono y marcó la extensión del desprevenido reportero.

-Señor Runner, hay aquí un caballero que desea verle con urgencia. Dice ser un general inglés llamado Bronswick. ¿Baja usted o le hago subir? Por cierto, no olvide el casco – aquellas últimas palabras eran una clave muy práctica acordada entre los conserjes y los periodistas con los que mantenían buenas relaciones, y establecida para advertirles, en casos como aquel, de un posible peligro en el horizonte porque el visitante venía soliviantado.

-Dile que espere un momento, que ahora bajo. Tienes un cubata pagado enfrente, pero no te lleves el vaso.

Mientras bajaba la escalera, Alex revolvía en su memoria buscando algo que pudiera relacionarle con un viejo general escocés encolerizado. Aunque viajaba a Inglaterra con una frecuencia que muchas veces era semanal, no recordaba haber hecho o escrito nada que pudiera ser tan problemático como para enfurecer a un ancianito, y menos aún, británico. Pero repentinamente le vino a la cabeza una posibilidad: un par de semanas atrás había escrito un reportaje sobre un viejo suceso ocurrido en un teatro de Glasgow hacía va muchas décadas; una catástrofe de la que, de forma bastante imprudente, había señalado como directo responsable al jefe de escenario, un tal mister Bronswick quien, según se especuló entonces, durante un pavoroso incendio declarado en el local, para ahorrarse un penique no había llamado a tiempo a los bomberos, que llegaron cuando la cifra de muertos superaba ya los doscientos. Así lo largó el poco escrupuloso Runner, y el hecho de que posteriormente se demostrase -v publicase— que Bronswick no había llamado a los bomberos porque carecía de una moneda, y no por ahorrarse el penique, no consiguió lavar por completo la imagen del pobre hombre, que desde aquel momento, tras la rectificación, ya no quedaba como un roñoso, sino como un auténtico muerto de hambre.

-¡Dios mío, Bronswick!... Como sean familia, me he lucido— meditaba Alex mientras bajaba lentamente la escale-

ra—, aunque es imposible, eso ocurrió hace setenta años, y el tío murió hace cuarenta, según me dijeron. ¿Cómo va a tener que ver con él? Pero el caso es que el de abajo se llama igual...

-¿Mister Bronswick?... Soy Alex Runner. ¿En qué puedo servirle?

El anciano miró con odio al recién llegado, cuya presencia pareció desatar en él todas las furias del Averno. Adquirió en unos segundos un vistoso tono morado, que a Alex le recordó un viejo logotipo de Deep Purple, y una catarata de sonidos agresivos empezó a manar de su boca bajo la protección del elegante bigote, que se había erizado.

-¡El Bronswick a quien usted ha deshonrado con sus sucias mentiras era mi hermano, sapo asqueroso! ¡Voy a matarlo a palos!...

Y en el preciso momento en que levantaba su recio bastón, al modo de los antiguos guerreros escoceses de William Wallace poco antes de iniciar una batalla a garrotazos, un nuevo personaje surgido de la nada hizo irrupción en el cada vez más expectante vestíbulo, colaborando de forma milagrosa a evitar un drama inminente. Era un "mensaka", uno de aquellos que en los años 80 eran pioneros de un duro negocio, el de la mensajería, en el que por entonces trataban de abrirse camino infinidad de empresas en medio de una competencia delirante, que hacía correr como endemoniados a los sufridos motoristas de sus pequeñas flotillas de astrosos ciclomotores tratando de hacer la mayor cantidad de entregas al día. Prisas que iban acompañadas, como era lógico, de un comportamiento avasallador y poco dado a la charla superflua.

-Esto es para un tal Runner -voceó el recién llegado depositando una caja de cartón sobre el mostrador -. Debo entregarlo en mano si es posible, y si no, aquí lo dejo que tengo prisa. ¿Puedo usar el teléfono?... Gracias. -El tono imperioso del esforzado transportista dejó por unos segundos a los presentes como estupefactos, reacción que solía producirse siempre cuando uno de aquellos modernos jinetes del Pony-Express hacía su aparición bloc en mano pidiendo un teléfono. Pero el estupor duró sólo un instante, y la viveza de la bronca que el general estaba empezando a administrar cobró de nuevo una fuerza creciente. Alex, comprendiendo que no podía defenderse de un ancianito con métodos violentos por violento que fuese el ancianito, trató de ganar tiempo con aquella circunstancia que la Providencia acababa de enviar en su ayuda.

-Perdone, señoría, pero puede tratarse de algo importante... Permítame que vea lo que contiene el paquete y enseguida estoy de nuevo con usted...- y procedió inmediatamente a abrir la caja, que no traía ni una etiqueta, ni remite, sino tan sólo su nombre y la dirección del periódico, escrito con rotulador negro y, como decoración, un amplio surtido de manchas de grasa y otros lamparones de origen indefinible. Y como sello identificador, el remitente había añadido un extraño dibujo, una especie de sopera con una cabeza de cabra dentro. El aspecto del siniestro paquete era tan sospechoso que, en cualquier otra circunstancia, se lo hubiese pensado mucho antes de abrirla sin más precauciones, pero en aquel momento una explosión, o incluso la aparición de un par de las manos podridas de algún asesinado, le parecían preferibles al inminente bastonazo que el endiablado vejestorio amagaba con suministrarle. Así que abrió la caja, de la que emergió un curioso objeto singularmente feo. Pero el efecto que causó en el infeliz abuelo fue fulminante.

-¡Es el Archimandrita!... ¡Dios mío! ¿Cómo ha llegado hasta aquí?... ¡Ha vuelto, alguien lo ha sacado otra vez de su maldito cubil!... ¡Corremos peligro, todos están en peligro!... ¿Se lo han enviado a usted, miserable?... Debí imaginarlo –el anciano, mirando fijamente a Alex, gritaba agitando su cachaba a modo de sable, mientras todos observaban con curiosidad aquel fantástico proceder. Su ira desatada de momentos antes se había transformado repentinamente en un terror irrefrenable, violento. Temblaba como si se estuviera electrocutando, y un hilillo de baba, primero transparente y poco

después rojiza, empezó a deslizarse de las arrugadas comisuras de su boca. Súbitamente se desplomó, cayendo sobre el mostrador de los fascinados conserjes y derramando sobre ellos varios cafés que allí se encontraban. Lloraba y se retorcía de un modo horrendo, y Alex no pudo por menos que acercarse a él, sujetarlo e intentar consolarlo de alguna manera.

-Hombre, no se ponga así, que no es para tanto. Es feo, desde luego, pero no merece que se lleve usía este disgusto... -Pero al parecer el motivo del pavor del viejo militar era otro, porque el tembloroso despojo en que se había convertido le espetó:

-Escuche, imbécil, pues me queda poco tiempo. ¡Esa figura es demoníaca, encierra todo el Mal de la Humanidad, es el castigo definitivo de Dios!..., pero ese Mal está disfrazado de lo que el hombre siempre ha perseguido: el Poder, la Fuerza. Esa maldita figura ha sido la causante de todas las desgracias que el Hombre ha padecido en los últimos dos milenios, y su terrible influencia se revela cuando sale a la luz. ¡Debe ser encerrada en el lugar que los Grandes establecieron para ella, y de donde alguien ha vuelto a sacarla, o una vez más provocará catástrofes apocalípticas!...

Resultaba verdaderamente sobrecogedor ver a aquel abuelo agonizante y extraviado de pánico, con su voz entrecortada y jadeando como un fuelle roto, tratando de advertir a la concurrencia del inminente peligro que aquella figurilla encerraba. Pero el efecto que su terrible agonía debía haber provocado en todos los presentes quedaba bastante minimizado por el hecho de que, al hablar a trompicones al modo del Pato Donald y con la boca llena de sangre, se producía un curioso fenómeno de riego por aspersión, y Alex, que lo sostenía entre sus brazos, iba poco a poco como quedando pintado al gotelé, fenómeno que parecía resultar mucho más interesante y atractivo para todos los que asistían a aquella agonía que el póstumo mensaje que el moribundo trataba de dejar como desinteresado legado.

-Oiga, majadero... No sé por qué será usted el Elegido, pero debe asumirlo. ¡Busque el lugar, llévelo allí v vuelva a encerrarlo, lleva dentro demasiados misterios, demasiados enigmas como para que la Humanidad pueda verlo libre...;El Santo Grial!...; La verdad sobre Jesús, Sus apóstoles, Su vida, Su verdadero sepulcro!...; El tesoro de los Templarios!...; Y el Poder, sobre todo el Poder, el secreto para alcanzar el verdadero Poder! Nadie, nunca, ha podido descifrar los enigmas que protegen esos grandes secretos, nadie ha encontrado la forma de desvelar toda esta cadena de terribles incógnitas. Y el día que eso ocurra, el Mal estallará, se adueñará de todo. ¡Impídalo, sabandija, haga algo bien! Desgraciadamente, esta vez ha sido usted el Elegido, y el futuro de todos, la vida de todos, está en sus manos. Y tenga esto muy presente: si falla, habrá abierto definitivamente las puertas al Mal absoluto...; Porque El Anticristo está llegando v sólo usted puede detenerlo!...

El provecto agonizante intentó seguir hablando, pero un violento estertor se lo impidió. Con un último golpe de tos que acabó de cubrir de sangre por completo a Alex en el justo instante en que éste le juraba solemnemente que cumpliría su encargo, dejó de respirar. Murió con los ojos desencajados, a punto de saltar de sus órbitas como tapones de champagne en un podio de Fórmula 1, y con la boca deformada por un rictus pavoroso. Era la imagen exacta del terror, de la miseria humana y de cómo morir de una manera decididamente desagradable. La escatológica escena había convertido el vestíbulo del periódico en algo parecido a una sala de despiece o un taller de pintura de coches de bomberos. Las bombas sangrientas que el viejo militar hizo estallar en su agonía no sólo habían alcanzado a Alex, sino que dos de los conserjes, Adberramán y Abundio, aparecían cubiertos de una fina capa de puntitos rojos, como si tuvieran la escarlatina, y el charco de sangre que se había formado alrededor del anciano y del periodista que lo sostenía, como en una infernal copia de "La Piedad", se había extendido de manera imparable por una área mucho

más amplia, gracias a los cientos de pisadas depositadas allí por los cientos de cotillas que se acercaban a husmear.

La conversación con el viejecito, además de causar una fuerte emoción en quienes habían presenciado su aterrador final, fue para Alex como una tormenta de misterios cuya investigación se hacía imprescindible, una catarata de incógnitas asombrosas que penetraron y estallaron en su confuso y contrito cerebro como balas dum-dum. Acababa de serle impuesta una misión ineludible; había aceptado un encargo que posiblemente sería imposible cumplir y que, desde luego, no tenía ni la menor idea de cómo abordar. Porque aquellas palabras inconexas pronunciadas por un frenético moribundo le habían hecho partícipe de lo que, al parecer, era uno de los secretos mejor guardados a lo largo de la historia de la Humanidad; pero tales palabras, por sí solas, resultaban un bagaje un tanto escaso para abordar una tarea tan ciclópea como la de evitar la llegada prematura del Fin de los Tiempos. En todo caso, el remordimiento de los jirones que le había hecho en la honra, por un triste penique, a aquel viejo Bronswick del teatro le obligaba a cumplir su promesa aún con mayor fuerza que la sospecha de que La Bestia, con su 666 impreso en la nuca, estuviese próxima a nacer para organizar su traca final.

Aquella grotesca figura cuya simple visión había matado a un viejo y curtido soldado de un fulminante ataque de terror, no parecía a primera vista mucho más impresionante que cualquier fetiche esotérico de los que se pueden encontrar en los mercadillos más zarrapastrosos. Pero tenía algo. Alex no conseguía captar qué era lo que le resultaba tan magnéticamente atrayente de aquel pedazo de material entre grisáceo y ceniciento, sumamente pesado; pero sin duda tenía algo, algo fascinador, poderoso, hipnótico. El rojizo periodista sentía que debía empezar inmediatamente a preparar una investigación en toda regla. ¿Quién le había enviado aquel paquete? ¿Fue simple

casualidad o fue alguna fuerza oculta la que llevó hasta el periódico a aquel colérico y marcial jubilado, decidido a aplicarle un severo castigo, justo en el momento en que llegaba la caja con el misterioso muñeco? Lo extraño de aquella situación le obligaba a pensar que no podía tratarse de una simple coincidencia. Aunque hasta entonces, en lo que llevaba de azarosa vida profesional, se había dado un par de veces la circunstancia de que alguien se presentase ante él con intención de liquidarlo, los motivos de sus fallidos asesinos diferían mucho del que en aquel caso se daba: que un periodista irrespetuoso y ruin -sin duda, para aquel buen anciano Alex era una alimaña asquerosa— sacase a la luz, setenta años después, un indignante detalle referente al fallecido hermano de un superviviente de la guerra de los Boers. Pero si ya resultaba extraña aquella circunstancia, aún lo era mucho más el hecho de que hubiera ido a verle –a apalearle, más bien– justo en el preciso momento en que alguien sacaba de una sucia caja una horrorosa estatuilla que lo llenó de espanto. Y por si semejante aglomeración de coincidencias no fuera lo suficientemente chocante, concurría además la circunstancia de que, posiblemente, el nonagenario militar era una de las escasísimas personas en todo el mundo que sabían algo sobre aquel muñeco tan raro.

Evidentemente, era imposible que se tratase de una casualidad. Por tanto, Alex decidió evitar desde el primer momento cualquier interferencia en lo que prometía ser una investigación, como mínimo, interesante. Si conseguía sacar algo de todo aquello, magnífico. Si no, siempre podría servirle para escribir sobre cualquier otra cosa que pudiera encontrarse por el camino, porque es sabido que en este tipo de indagaciones absurdas siempre hay posibilidades de dar con los más inesperados asuntos, que él consideraba "descubrimientos colaterales".

Así que Alex Runner sintió un impulso irrefrenable; sólo unas horas después de que el desgraciado carcamal se hubiese despedido de la vida de tan cruenta manera, ya ha-

bía tomado una irrevocable decisión. Aprovechando el revuelo organizado en torno al vistoso suceso acontecido en la recepción, y mientras los presentes hacían todo tipo de cábalas sobre si el viejo militar estaba muerto o aún vivía -unos querían darle coñac y otros golpearle el pecho-, Alex había cogido con disimulo la mugrienta caja, metido en ella la estatuilla y salido solapadamente del edificio en busca de su coche. Por suerte estaba cerca, y cinco minutos después, convenientemente guardado el idolillo en el maletero, va se encontraba de nuevo junto a aquel desdichado vengador que había sido arrastrado a la muerte por una fuerza invisible, un poder oculto que lo había manipulado de la forma más sutil, reactivando su viejo ardor guerrero y dándole ánimos para salir de su casa por la única razón que aún seguía siendo válida para él: la defensa de su honor. Aquella fuerza había convertido al general en un heraldo de ultratumba, encargado de transmitir un atávico y oscuro mensaje a quien había sido elegido para recibirlo, y mucho se temía Alex que tal elegido resultaba ser él mismo.

La encuesta policial y judicial que se realizó sobre la marcha fue concreta, discreta y breve. Aquel hombre había fallecido ante numerosos testigos, de una forma harto desagradable y escatológica sin duda, pero aparentemente natural. La autopsia lo aclararía más tarde, y lo aclaró certificando como causa del deceso un infarto masivo, acompañado de varias embolias y derrames cerebrales. Una especie de explosión general de su organismo, sin parangón con cualquier otro caso semejante, por lo que se dictaminó "parada cardiorrespiratoria" sin entrar en más detalles y pasó a llamarse en el futuro para la ciencia "Síndrome de Bronswick". El cadáver fue retirado y la tranquilidad volvió poco a poco, no sin que en todos los departamentos del edificio, y especialmente en la redacción, se hicieran innumerables y variadísimas cábalas y se analizara un universo de posibilidades en torno

al suceso, dando origen a un nutridísimo surtido de bulos, infundios y ataques al honor de una larga serie de personas, en su mayoría ignorantes de lo ocurrido, e incluso, en algunos casos, residentes en otros países. Pero aquello era un periódico, y un acontecimiento como ese, ocurrido en la misma recepción del edificio, ante varios conserjes y con un colega, al parecer, implicado de una u otra forma, encerraba tantas posibilidades que ni el más bondadoso y respetuoso miembro de aquella redacción hubiera podido resistirse a analizarlo desde los más sórdidos ángulos. Así que en los siguientes días Alex hubo de escuchar versiones, interpretaciones y adaptaciones del relato de los hechos tan originales como insultantes y vejatorias, tanto para el anciano como para él mismo. Pero su discreta investigación del misterio ya estaba en marcha, y el mayor interés del periodista en aquel momento era que todo lo sucedido se olvidara cuanto antes. Adoptó la elegante postura de ignorar los ataques a su honor, limitándose a hacer circular una serie de sugestivos y novedosos bulos sobre otros asuntos indecentes en los que aparecían implicados otros colegas con apasionantes vidas privadas, y en pocos días el caso del viejecillo explosivo pasó a convertirse en una más de las muchas anécdotas que forman la historia de un lugar tan propicio a ello como un gran periódico, abarrotado de periodistas, conserjes y de un numeroso personal de talleres siempre dispuesto a poner verdes a unos y a otros.

Aunque parezca extraño, nadie volvió a acordarse tampoco de la estatuilla que había provocado el drástico final del viejo militar. Nadie quería tener nada que ver con aquello, y cuantos hubieron de declarar ante los investigadores del caso lo hicieron como si acabaran de salir de una clínica mental o de un largo período de amnesia. En pocos días, todo parecía olvidado... pero era sólo el principio de una historia que ya había empezado a cambiar la vida de Alex Runner, lo mismo que su menguante estabilidad mental.

Tres gatos y un primo

Decidió iniciar sus pesquisas por el único punto posible: por el principio. Tenía que informarse a fondo sobre el personaje que representaba aquella grisácea y malévola cosa que, según el provecto general, dejaba a la Caja de Pandora a la altura de un Don Nicanor tocando el tambor. Habían pasado varios días y aquel objeto había entrado a formar parte del mobiliario de su acogedor apartamento; colocado en un rincón del despacho, perdido entre miles de discos, libros v botellas, pasaba desapercibido para cualquiera -porque lo cierto es que en aquel despacho era difícil poder fijar la vista-, y quedaba perfectamente disimulado entre otros objetos tales como una cabeza de John Lennon, un loro de madera (curiosamente hueco) pintado con vistosos colores, que alguien había traído de Colombia, una planta carnívora con gafas de sol y, sobre todo, un bien surtido bar, que era lo único que centraba instantáneamente la atención de los habituales visitantes de aquel santuario.

Pero tres personajes, los demás habitantes de la casa y miembros de la familia de Alex (de hecho eran "sus amos"). manifestaban un claro rechazo hacia aquel objeto. Chiche, Milki y Balú -tres gatos persas de majestuoso porte y de una inteligencia sensiblemente superior a la de la mayoría de los visitantes que pasaban por el apartamento- mostraban una clarísima aversión hacia el feo fetiche. El día que Alex apareció en casa con la caja, la eterna y enorme curiosidad de los tres felinos, cotillas hasta el tuétano de sus huesecillos, no existió, y ninguno hizo siquiera amago de acercarse ella pese a que las cajas recién abiertas eran los objetos más atractivos que alcanzaban a imaginar. Milki, blanca y elegante, la miró con desprecio, y con sus regios andares de emperatriz se alejó lentamente para no volver a concederle su atención. Balú, negro v plateado, hijo de Milki v Chiche, el más grande v sin embargo el más gallina de los tres, profirió un irritado bufido v salió disparado de la mesa de Alex, donde le encantaba subirse para taparle la pantalla del ordenador cada vez que éste se ponía a escribir. Y por fin Chiche, el cabeza de familia, el más valiente y chuleta, un persa color dorado con una melena leonina, que no se arrugaba ni ante el veterinario y que iamás huía de nadie, también reaccionó de una forma extraña. Para él una caja desconocida, cualquier caja, era como un imán; incluso los sobres en que llegaban los constante envíos de discos que recibía Alex le parecían irresistibles, y asistía a su apertura con una pasión similar a la que experimentaron Howard Carter y sus acompañantes en el momento de romper los sellos del sarcófago de Tut-ank-Amón. El máximo interés de Chiche era introducir inmediatamente la cabeza por la abertura practicada por el abrecartas de "su mascota" Alex –es sabido que, para los gatos, los propietarios son ellos, y el papel de mascota corresponde a sus teóricos amos, como ocurre con las casas que unos y otros comparten- pero por una vez no hizo un mínimo ademán de acercarse cuando Alex abrió la caja y sacó a la luz la estatuilla. Chiche, siempre valiente como el Capitán Trueno, no huyó ni se marchó dignamente. como hicieran su señora y su hijo, sino que se quedó inmóvil, expectante, observando con una fijeza hipnótica aquel objeto. Alex se asombró ante el comportamiento de su gato, al que conocía perfectamente desde que, diez años atrás, lo sacara del escaparate de una tienda de animales por la gracia que le hizo su aspecto. Le faltaba medio bigote y tenía ciertamente cara de loco simpático, al estilo Groucho Marx. Le gustaba sacar el agua del bebedero esparciéndola con su pata por los alrededores, como esas señoras que salen con un cubo de agua a la puerta de casa para regar la calle a manotazos, rústico pero efectivo sistema para evitar que se levante polvo. Por primera vez en aquellos diez años, Alex descubría algo completamente nuevo en Chiche, y también por primera vez observó en él una serie de mágicas y misteriosas reacciones desconocidas y, posiblemente, muy esclarecedoras. Eran como una advertencia que sus gatos le hacían, un "ten cuidado con lo que haces, que no sabes tú dónde te estás metiendo... tira esa porquería".

Sherlock Holmes tenía su Watson, y Alex también tenía su brazo derecho para todo tipo de investigaciones, complejas o simples, fuera cual fuese el asunto a esclarecer. I.C. era un fotógrafo espectacular, un dominador de la tecnología en cualquiera de sus especialidades, un archivo viviente y, de paso, el sujeto con más relaciones, amistades y conocimientos que el periodista había conocido en su vida. Dado ese bagaje, y analizando su currículum, pensaba que J.C. debía tener alrededor de 300 años, v que como sin duda habría conocido a Dorian Grey, estaba utilizando su mismo truco, pero no. Aquel interesante amigo-archivo era un sujeto guapo y atractivo (aunque no tanto como el propio Alex) que aparentaba treinta y tantos, con un par de carreras científicas en su haber pero que, a causa de su afán aventurero y metomentodo, había renunciado a ejercer como médico o químico para dedicarse a la fotografía y, sobre todo, a la investigación en general, dentro del más amplio espectro de temas y de sistemas para meter las narices en cualquier parte. Además, era su primo, y se las había arreglado para conseguir que trabajase con él no sólo en el periódico, sino también en otra serie de revistas y apaños internacionales. "Si hay que ir a la cárcel, más vale que seamos dos, porque siempre te cae menos que si vas solo"; tal era la rastrera teoría que Alex Runner sostenía ante quienes le preguntaban por la arriesgada afición a llevar siempre consigo a su primo a meterse en los charcos más sucios y fangosos. Pero la realidad era otra: Alex llevaba a J.C. como si fuera una pierna ortopédica por la simple razón de que no se le ocurría nadie mejor que él en el mundo para compartir riegos, discutir en tugurios, participar en peleas inevitables y escapar de los sitios más ratoneros y apestosos de la tierra, donde solían llevarles con cierta frecuencia los amenos reportajes que constituían su medio de vida.

Cuando Alex o cualquiera de sus colegas se veían en un callejón sin salida en medio de cualquier sórdida investigación, era ya una costumbre recurrir disimuladamente a J.C., porque, de una forma casi milagrosa y como por casualidad,

siempre colocaba al apurado compañero ante una pista que conducía directamente a lo que andaba buscando. I.C. se había ganado a pulso su enorme prestigio cuando uno de los miembros del selecto círculo de amigos y colegas de Alex, un periodista de sucesos e investigación que trabajaba en otro gran periódico nacional, se vio ante la urgencia de escribir, en dos horas, una página completa sobre canibalismo. Era una noche de sábado y aquel amigo, llamado Richie, tenía la mala fortuna de estar de guardia en su periódico ante un enorme sobrante de espacio y una total carencia de noticias aprovechables. El teletipo, inesperadamente, escupió una curiosa noticia sobre un tipejo, encarcelado en un inmundo poblacho perdido de Indonesia por una enorme borrachera, que se había comido el hígado de su compañero de calabozo, tan borracho como él mismo, aduciendo que tenía mucha hambre y que, además, era príncipe de cierta tribu perdida del Pacífico Sur, lo que al parecer le autorizaba a almorzarse a cualquiera que le viniera en gana. El teletipo tenía seis líneas, y el desventurado Richie, encargado de aquel inmenso marrón, no se había comido nunca a un semejante, por lo que lo ignoraba casi todo acerca del atractivo universo caníbal. Tenía una imaginación asombrosa. pero en aquel caso no bastaba, así que llamó a Alex suplicando su ayuda con digno disimulo.

-Tú que vives en el simpático mundo del rock... ¿no conocerás a algún caníbal que me cuente un par de cosas? -Alex podría haberle respondido contundentemente, pero decidió echarle una mano, dada su natural bondad.

-No recuerdo en este momento, espera que mire la agenda. Pues no, no alterno últimamente con antropófagos, pero voy a llamar a un amigo y luego te digo algo. -Llamó a J.C. y, como siempre, el problema se solucionó-.Querido, necesitaría unos datos...

Al día siguiente, Richie fue felicitado por todos los periodistas de sucesos del país, algunos extranjeros y numerosísimos gourmets y críticos gastronómicos, pues no sólo ha-

bía fabricado un espléndido reportaje sobre el canibalismo en el mundo de hoy, el sabor de la carne humana según las distintas razas y la ternura o dureza de las distintas partes del cuerpo, sino que añadía además un interesante recetario con varias formas de guisar el hígado, distinguiendo el humano de los de vaca, cordero, cerdo o ave. Como guinda, incluía un amplio apunte biográfico sobre el príncipe caníbal, su familia y su remoto reino, adornándolo todo con unas breves entrevistas a sus padres y sirvientes, así como unos datos anecdóticos sobre la víctima, un mugriento estibador malayo con cuya viuda habló por teléfono sin mencionar de dónde había sacado el número –ni indicar tampoco a nadie cual era ese número de la mencionada viuda.

El reportaje resultó apasionante, se comentó en todo el mundo, algunos grandes periódicos lo reprodujeron e incluso promocionó el canibalismo en varios países; Richie obtuvo fama internacional como genio de la crónica negra, y todo ello gracias a J.C., quien humildemente, sin saber nada de nada sobre el tema, le facilitó los teléfonos, las recetas y los detalles, datos que casualmente habían llegado a su conocimiento aquella misma tarde en la sala de espera de un ginecólogo donde se encontraba acompañando a una amiga que iba a hacerse una citología.

Así que Alex decidió recurrir a J.C. para empezar a aclarar la maraña en que estaba seguro se iba a convertir el extraordinario caso de la estatuilla misteriosa. El cómo interesar al fotógrafo en el tema era algo que no le preocupaba, ya que su primo, más cotilla que sus tres gatos, lo acompañaría, si fuera necesario, hasta el agujero más perdido del último confín del mundo pasando por todas partes con tal de que en ese agujero pudiera haber algo. Y dados los indicios con que contaba para iniciar la investigación, sabía que sólo J.C. podría ayudar a sacarla adelante, así que lo llamó.

-Primo, necesito tu ayuda para un asunto de Archimandritas, y creo que se trata de algo importante -le dijo de sopetón, sin darle tiempo a que reaccionara.

-Sí, es un buen tema. Los Archimandritas siempre me han interesado mucho -respondió su interlocutor con igual frialdad-. Todo lo relacionado con ellos suele ser importante -le asestó, para demostrarle que a él no lo achantaba nadie.

Una hora después, sentados ante la antiestética estatuilla que representaba a aquel carcamal milenario, procedieron a un detenido análisis de los escasos datos que Alex había recopilado hasta ese momento. Empezó por resumirle a J.C. el horripilante y escatológico episodio del anciano, su inesperada muerte en medio de un baño –o mejor, de una ducha– de sangre cuando trataba de aplicarle un severo castigo ciego de cólera y, sobre todo, el ataque de terror que pareció invadirle cuando vio la estatuilla surgir de la caja roñosa en la que venía encerrada. Aquellas últimas palabras, pronunciadas con extrema dificultad a causa de los borbotones de sangre impresionaron a J.C., algo que no solía ser frecuente.

Por lo general, los sueños jamás habían inquietado especialmente a Alex Runner. Pero eso fue sólo hasta aquel momento, hasta la noche que siguió a la maratoniana sesión de casi dos días ininterrumpidos que reportero y fotógrafo dedicaron a analizar lo que podría haber detrás de aquella horrible estatuita que tan mal fario parecía llevar consigo. Cuando, completamente agotados, decidieron dejar el tema para el día siguiente, sobre todo porque no habían conseguido atar cabo suelto alguno, y J.C., harto del Archimandrita y harto de su primo, se marchó a quitarse el mal sabor de boca a un tugurio de las afueras y a hacer algunas averiguaciones por su cuenta, Alex estuvo analizando un buen rato las curiosas reacciones que sus tres gatos habían manifestado, y seguían mostrando, ante la misteriosa caja y su habitante. Decidió, por el momento, dejar fuera del asunto a I.C. hasta tener al menos una idea de qué era lo que había que hacer; aquello parecía demasiado raro o peligroso como para implicar a su pobre primo en la potencial carnicería en la podría acabar aquel asunto absurdo.

Siempre había pensado que debía existir alguna razón para que los gatos fueran tan especialmente respetados, y hasta reverenciados, por los antiguos egipcios y por muchas otras culturas, civilizaciones y religiones; y sólo cuando por fin tuvo tres gatos (o tres gatos lo tuvieron a él), lo comprendió por completo. Los gatos tienen una sensibilidad especialísima, única, un sexto sentido mayor y más profundo que el de los perros; como los perros, perciben todo lo que su amo está sintiendo, saben si está triste, preocupado o enfermo, pero su visión de otras dimensiones –probablemente de las que los humanos ni hemos oído hablar- es tan profunda que, precisamente por eso, no hacen las ridículas alharacas que hacen los hombres tanto ante las cosas de la vida como ante las de la muerte. Son quizá los únicos capacitados para ver eso que nosotros llamamos "fantasmas", que para ellos son como lámparas de pie o pianos de cola móviles, unas cosas que deambulan por ahí, sin hacer nada concreto y sin que nadie les haga el menor caso. Los gatos observan constantemente de qué despectiva manera tratan los humanos vivos a esos espíritus que ellos sí ven: los tratan como si no existieran. Tal vez por eso hace miles de generaciones que los gatos decidieron que los muertos no tienen nada de interesante, y también ellos determinaron ignorarlos. Esos curiosos seres transparentes e inoperantes, incapaces de darles de comer o cambiarles el agua o la arena de su w. c. privado, no sirven para nada. v si serán poca cosa que ni siquiera ocupan espacio, no tienen ni territorio. Así que los gatos, desde hace mucho, a un muerto le otorgan la misma consideración que a una invitación para asistir a una conferencia sobre la fabricación de boinas en el Círculo Recreativo. Y si eso era así, según Alex había comprobado cientos de veces, ¿a qué podía deberse que aquella caja hubiera provocado en ellos semejantes reacciones, incluso antes de abrirla? Si hubiera contenido una cabeza humana arrancada de cuajo, una bomba o el fantasma de Hitler, les hubiera dado exactamente lo mismo que si se hubiese tratado

del manuscrito del *Ulisses* de Joyce, pero era evidente que allí habían percibido algo tan extremadamente raro como maligno. Si la misma Caja de Pandora los dejaría fríos, ¿qué era entonces ese antiestético fetiche?

Unos días más tarde, la figurilla parecía haber sido olvidada por todos; una engañosa apariencia, puesto que aquel objeto se iba apoderando poco a poco, minuto a minuto, de la mente y el alma de un Alex que hasta ese momento había sido tan coriáceo a percibir influencias extrasensoriales como un botijo destinado a ser un "Recuerdo de Segovia" en el equipaje de un turista australiano.

En los extraños primeros días que siguieron a la muerte del anciano, dedicaba casi todo su tiempo a indagar sobre el objeto, encerrado en su despacho y sometido a una especie de rara hipnosis. Poco a poco iba sintiéndose más agobiado v sobrecogido, como le ocurrió a Edgar Allan Poe ante aquel incómodo y chulesco cuervo por no tener a mano una escopeta, y parecía incapaz de liberarse del pernicioso influjo que la estatuilla estaba empezando a ejercer sobre su espíritu. Su repentina "desaparición", pues llevaba días sin pasarse por el periódico, estaba siendo muy comentada en los distintos bares y garitos de toda laya que por entonces frecuentaba a diario, y cuyos propietarios se mostraban seriamente preocupados, ya que varios de aquellos establecimientos vivían, en buena parte, de él y de su interesante y selecto círculo de amistades. Pero aquella fuerza extraña, aquel poder magnético irresistible, le obligaba día tras día a colocarse ante el engendro y dedicar horas y horas a rebuscar en viejos libros y. con grandes dificultades, a contactar vía fax con periódicos o instituciones extranjeras que pudieran facilitarle algún dato. Aún faltaban diez años para que naciera eso que hoy se llama página web, que le hubiera facilitado en un cien mil por cien la titánica tarea que estaba acometiendo, y que comenzaba con una desaforada búsqueda de datos sobre cosas de las que apenas nadie tenía ni noción. Lo cierto es que en aquel año de

1980 resultaba, por lo general, más problemático buscar esos datos por Fax que irse personalmente a recabarlos en su lugar de origen, ya se tratase del Mar Muerto, de Siberia o de la bella localidad de Socuéllamos (Ciudad Real).

Una Olivetti, un fax y un Espasa Calpe Ilustrado, componían el despliegue de tecnología punta con el que Alex Runner iba a abordar la tarea de resolver algunos de los mayores enigmas de la Historia y, a la vez, encontrar el modo de volver a meter esa estatuilla en el agujero adecuado, algo muy difícil dado que no tenía ni idea de dónde estaba el agujero en cuestión; pero contaba con la valiosa ayuda de su innato optimismo visceral, y suponía –en esta ocasión de una forma excesivamente alegre– que, como siempre, resultaría un ingrediente espiritual decisivo e imprescindible para conseguirlo. Además, por supuesto, de múltiples enciclopedias antiguas, viejos libros de historia y algunos añejos volúmenes sobre religiones, civilizaciones arcaicas, leyendas escabrosas, sectas olvidadas, satanismo y otras materias igualmente seductoras.

Le llamaba la atención especialmente el detalle de que, mientras más antiguo era el libro que consultaba, más idioteces y supersticiones contenía, con lo que decidió no seguir buscando "hacia atrás", sino tratar de encontrar algo más elaborado que las recetas de los monjes medievales para curar la peste negra: una sangría, una cataplasma de mierda de cabra y diez padrenuestros. Poco a poco iba formándose unos criterios cada vez más angustiosos sobre el pasado de la medicina, de la iglesia, de la nobleza, la realeza y el pueblo llano en general. Y todas las innumerables barbaridades que iba descubriendo sobre los usos y costumbres de la fauna humana que pobló el mundo durante los dos milenios anteriores. desde los sirios a los egipcios, desde los bárbaros a los romanos, los renacentistas, los ilustrados, el nazismo, el fascismo, el comunismo... le iban demostrando que todo, pese al paso de los siglos, seguía siendo más o menos idéntico. Las barbaridades humanas eran básicamente iguales desde lo de Adán y la manzana, una demostración incuestionable de que el Hombre es el más inepto, cerril e inadaptado de los seres vivos en general. Y mientras buscaba y analizaba, observado atentamente por Chiche e incordiado de cuando en cuando por Balú, le venían a la cabeza pensamientos como aquel que el novelista francés Tristan Bernard expuso un buen día, convirtiéndolo en axioma: "Dos cosas me admiran especialmente: la inteligencia de las bestias y la bestialidad de los hombres".

Pero pese a sus tormentosos y agobiados pensamientos, partiendo de aquella palabra, "Archimandrita", poco a poco se fue conformando ante él un nebuloso puzzle cuyo dibujo, para su sorpresa, tomaba cuerpo de una forma cada vez más perceptible. Sin que alcanzara a comprender cómo, su mente experimentó una especie de invasión de raras sensaciones hasta entonces desconocidas, una cadena de sombríos fuegos artificiales que, en sucesivas detonaciones, le iban sumergiendo golpe a golpe en un pozo horripilante en cuyo fondo creía que quizá estuviese la clave de aquel misterio. Le aterraba, pero por alguna razón sabía que tenía que ser así, y que debería ir a buscar aquella clave como Dante fue a buscar la suya... y quien sabe si no sería en el mismo sitio.

Una semana después creía tener ya una explicación relativamente satisfactoria para la primera de sus cuestiones. Había averiguado lo que era exactamente un archimandrita, con lo que ya estaba al cabo de la calle sobre lo que representaba, al parecer, aquel grisáceo engendro tallado. Tras bucear por un proceloso surtido de definiciones y explicaciones, y tras una selección natural basada en la lógica, supo que aquel término nació en Siria, lugar donde se utilizó por primera vez. El vocablo "archimandrita" derivaba de la palabra *abba*, forma siria del hebreo *ab*, que significaba *padre*, término que evolucionaría más adelante para dar forma a la palabra "abad". En aquel primer momento, el título de *abba* empezó a adquirir

prestigio e importancia en Egipto, donde se adjudicaba exclusivamente a los monjes más ancianos y sabios de las distintas comunidades monacales que aparecieron allí al inicio del siglo IV. Fue San Antonio quien introdujo un nuevo modo comunitario de vida eremítica cuando, aproximadamente en el año 305 d.C., organizó y puso bajo su dirección a los cada vez más numerosos ermitaños que se habían reunido en la Tebaida; por otra parte, y simultáneamente, otro santo, llamado Pacomio para su desgracia, instituyó una forma diferente de monaquismo conventual en Tabernisi, al sur de Egipto. Ambas formas de vida monacal se desarrollaron a sorprendente velocidad, y pronto se habían establecido en Palestina, Siria, Mesopotamia, y Asia Menor.

Llegado a este punto, y con un ligero hilillo de humo saliendo de sus orejas, se detuvo momentáneamente en su febril búsqueda para dejar descansar sus derrengadas meninges v convertir en parte de su propio cuerpo media botella de Jack (Daniel's). Decidió desconectarse por completo de su investigación, de aquel mundo perdido de viejos monjes en remotos desiertos y pasar un par de días dejando que sus sesos se enfriasen; llamó a una amiga y quedó con ella para cenar y lo que se terciase, y decidió limpiar un poco su despacho, que tras varios días de investigación exhaustiva, más que un despacho normal parecía el cuartucho del fondo de un garito ilegal de ruleta rusa en Bangkok. Se quedó muy sorprendido al encontrar en distintos sitios de la atiborrada habitación tres botellas de vodka vacías, catorce latas de cerveza igualmente huecas y un sinnúmero de ceniceros, ocupados por las colillas correspondientes a cinco cartones de Marlboro y a tres cajas de puros. Este inventario le hizo percatarse del hecho de que había permanecido varios días en un estado hipnótico, embebido hasta la locura en la indagación del oscuro asunto. Pero aún quedaban algunos flecos, y resolvió atar todos los cabos antes de pasar a otra cosa, costara lo que costase.

Cuando el Jack (Daniel's) hubo reanimado y reactivado convenientemente sus agotados hemisferios cerebrales, acabó la limpieza, recogió la docena de libros que ya había utilizado y dejó sobre su mesa únicamente tres viejos tomos que aún le quedaban por consultar. Puso comida a sus gatos, que extrañamente iban muy poco por el despacho aunque normalmente solían estar allí, observando a Alex cuando escribía, subidos en la mesa, como tres pequeños ordenadores peludos complementarios. Alex se preguntaba a qué se debería esa rara ausencia, si al exceso de humo o al muñeco que tan poco les gustaba. Pero decidió acabar con aquella primera parte de sus pesquisas, y se puso como plazo sólo dos días más.

Aunque su intención era borrar de su mente aquella historia, siquiera por una noche, no lo consiguió. Eva, la muchacha con la que había quedado para cenar, que lo conocía desde hacía mucho tiempo y sabía cómo se comportaba Alex en cada momento, estaba tan asombrada como desilusionada. Tras pagar la cuenta con cara de sonámbulo, el periodista siguió mirando a la pared, como había hecho durante casi toda la cena.

- -Es la primera vez que veo un borracho sobrio. Porque estás borracho, ¿verdad, cariño? Aunque no se te nota más que en lo muermo, hijo... ¿querrías decirme en qué piensas?
- -En San Benito de Nursia -le respondió con expresión ausente.
- -Coño, claro, entonces lo entiendo. Donde esté San Benito de Rusia que se quite todo. Jamás pensé que llegaría a vivir una experiencia como esta: quedar con un tío para enrollarnos y que él venga enrollado ya con San Benito de Prusia.
- -De Nursia, nena, y te ruego que me perdones pero es una cosa importante que no te puedo contar.
- -De lo cual me alegro, porque me importa un rábano. ¿Nos vamos a alguna parte o nos quedamos aquí mirando a la pared pensando en San Benito Mussolini?
- -Si vienes conmigo a casa te demostraré que lo que te digo es verdad, y te enseñaré una serie de cosas que te parecerán apasionantes.

-Hombre, menos mal que entramos en razón. Vamos a tu casa, a ver si así volvemos a la vida.

Poco después Alex estaba de nuevo ante su mesa, ahora acompañado de una chica notablemente guapa, notablemente desvergonzada y notablemente salida, tres cualidades que jamás, en ninguna ocasión y bajo ningún concepto, el transitoriamente enajenado periodista se hubiera atrevido a desperdiciar. Pero esta vez la situación era extrañamente especial: le interesaban más los archimandritas de San Benito que la muy liberal moza que lo acompañaba, y que aprovechando que hacía calor, ya se había quitado las dos capas de la parte superior de su indumentaria, bajo la atenta mirada de Chiche y Balú y la insultante indiferencia de Alex, que de nuevo se había enfrascado en los viejos libros que tenía sobre la mesa. Y antes de que la bella disoluta pudiese reiniciar sus protestas, le espetó:

-Te dije que te lo enseñaría, y aquí está. Atiende -y ante el estupor de la despechugada rubia, Alex se lanzó a hilar un relato que la joven tomó como una prueba más de que dentro del periodismo existen muchos niveles de locura, y el pobre Alex estaba alcanzando ya el más alto de todos.

-Mira, preciosa: aunque no lo creas, los orígenes de la vida monacal, hace un par de milenios, no fueron cosa sencilla. Ya había dos corrientes, dos distintas formas de vida de los monjes, desarrollándose entre Egipto, Palestina, Siria, Mesopotamia y Asia Menor cuando llegó san Benito de Nursia y se aplicó a organizarlas y estructurarlas, consiguiendo finalmente implantar su nuevo "sistema" en todo el Occidente cristiano. Fue san Benito quien estableció las "Normas generales del monje en general", y finalmente impuso sus reglas, que fueron aceptadas por casi todo el mundo. Desde entonces, cada grupo de monjes, cada nuevo monasterio o convento, tuvo un superior, un jefe, que en Asia Menor y Grecia recibió el nombre de *Archimandrita*. Siglo y medio más tarde aquella palabra ya

definía oficialmente a los superiores de abadías y monasterios, comunidades de doce o más monjes. Fue en Asia Menor y en Grecia donde el título de *Archimandrita* –de *archos*, jefe, y *mandra*, monasterio–, se convirtió en la definición definitiva y exclusiva para los jefes, superiores, priores o abades de todos los monasterios de Oriente; en Occidente, una vez establecidas ya aquellas nuevas formas de vida monacal, se utilizaron desde el principio otras definiciones para este mismo cargo, tales como la original, *abbas*, o las de *pater* o *dominus*, hasta que se estableció definitivamente el cargo de *abbas*, el *abad*, con lo que desde entonces todos los abades de Occidente pasaron a ser los "archimandritas" de Europa. Es decir, que tras varios días de búsqueda y estudio he llegado a la conclusión de que un archimandrita es un abad.

Mientras hablaba, la cara de Alex iba adquiriendo una expresión de entusiasmo febril al mismo tiempo que la de la chica sentada a su lado iba transformándose en un rictus iracundo mezclado con un toque de asombro y otro de preocupación. Tras la pasmosa perorata que el periodista, al parecer loco, acababa de endilgarle, la mozuela, poco dada al estudio en general y a las monografías sobre la vida monacal de dos milenios atrás en particular, no sabía a qué carta quedarse. Y mientras ella dudaba qué hacer o cómo reaccionar, Alex meditaba; llegado a este punto de conocimiento -que podría considerarse un importantísimo hito cultural en los ambientes que frecuentaba, y donde por esto le habrían considerado un sabio-, analizaba qué utilidad tendría para su investigación el hecho probado de que San Pacomio hubiese llenado de monjes el sur de Egipto allá por el año 300, e igualmente se preguntaba qué utilidad podría tener para él saber que un archimandrita era un monje del año de la nana. Pero un inexplicable impulso le obligaba a seguir investigando: tenía la rara certeza de que aquella explosión monacal acaecida diecisiete siglos atrás formaba parte del misterio,

pero no tenía ni la menor idea de en qué momento, cómo y de dónde había salido la antigua estatuilla, dato sin el cual no llegaría muy lejos. Así que decidió seguir combatiendo su absoluta ignorancia con pequeños y lustrosos fragmentos de erudición. Pero aquello era algo demasiado complejo, y por lo visto pocos días atrás, posiblemente también peligroso. Resolvió no correr riesgos y no inmiscuir a la muchacha en el asunto facilitándole más explicaciones.

-Bueno, dejémoslo. ¿Quieres que nos vayamos a la cama? -le preguntó a Eva, cuya bonita cara iba adquiriendo un tono progresivamente rojizo que Alex supuso producto de una creciente ira, dado que sería extraño que hubiese contraído la escarlatina precisamente en aquel momento.

-Hombre, si no te llevas un libro de san Canuto para leer... La noche de relax le vino bien a Alex; de hecho, nada más llegar a la cama Eva consiguió esa desconexión que él estaba intentando y que él solo no conseguía. Por la mañana, Alex estaba como una rosa y Eva como otra. Se fueron a desayunar, él unos huevos con beicon, tostadas, zumo y café y ella una fabada –estaba muy cansada, le explicó al camarero–. Quedaron en llamarse cuando Alex hubiera roto su relación con san Benito, se dieron unos morreos de despedida en el coche ante el portal de la disipada moza y un renacido Alex Runner, recién duchado, afeitado y desestresado, se lanzó de nuevo a cumplir la promesa que le hizo al infortunado general Bronswick.

Tras los días que habían dedicado una semana atrás a atar cabos, Alex había dicho a J.C. que, de momento, se olvidara de todo, porque probablemente iba a enterrar aquel asunto en la inopia y a intentar vender la estatuilla en alguna vieja tienda de antigüedades, o quizá, de no ser ello posible, cambiarla por un liguero viejo o algún otro objeto más moderno. Pero Alex había cambiado poco después sus planes originales de una forma radical. No habían hablado desde que éste iniciase su farragosa investigación histórico-monacal, y ahora, cuando

ya había decidido definitivamente seguir adelante, resolvió, también definitivamente, implicar a J.C. en el ajo, porque era mucho ajo para un solo cocinilla.

Quedaron en verse junto al periódico, en un astroso figón conocido como "Zalaguarrín" –de forma irónica, como el lector habrá deducido enseguida, ya que se hace referencia a uno de los mejores restaurantes de Madrid–, porque allí existía la casi completa seguridad de no encontrarse con ningún conocido ni compañero, ausencias debidas todas ellas a la prolongada situación de insalubridad que el local atesoraba desde hacía décadas, así como a los incalificables modales del propietario, responsable de que aquel chiscón, más parecido a la garita del vigilante de un vertedero de El Cairo que a un bar–cervecería, abriese sus puertas en un barrio señorial por la única razón de que era el único lugar que aceptaba como cliente a cualquier borracho, fuera cual fuese su grado de semiinconsciencia y por indigno que resultara su comportamiento.

-He preferido quedar contigo aquí, antes de entrar en el periódico, por motivos obvios. Como hace casi diez días que no asomo la gaita por la redacción, cuando entre me va a llover encima de todo, y además prefiero que lo que vamos a hacer quede, de momento, entre nosotros. Si cuento ahí lo que se me ha ocurrido, me veo ingresado en una institución o lavando vehículos funerarios. Así que te lo voy a resumir para que lo vayas digiriendo, y esta noche seguiremos hablando. Por cierto... ¿conocías este bar? –J.C. era relativamente nuevo en el periódico, y carecía aún de datos sobre aquel cuchitril-. No se te ocurra pedir nada de comer. Sólo alcohol, y a ser posible, puro.

-Póngame un cubalibre de ron, oiga -le espetó al mugroso dueño, que vegetaba apoyado contra la pared, quizá para sostener mejor el enorme peso de la grasa que la cubría. Un húmedo palillo amarillento, que debía llevar ahí por lo menos un mes, se paseaba de una a otra comisura de su horrible boca, al modo del purito de Clint Eastwood en *La muerte tenía un precio*.

-¿Quiere un boquerón? -le preguntó amablemente el tabernero a J.C, quien, pese a la clarísima advertencia recibida,

pareció asentir con la cabeza, aunque luego explicaría que un extraño picotazo en el cogote, que resultó ser de chinche, le había provocado aquel movimiento.

El posadero, entendiendo mal el cabeceo, extrajo el mondadientes del indescriptible habitáculo donde éste convivía con una docena de dientes entre amarillos y negros, y pinchó con él, ante la atónita mirada de J.C., un bicho gris con apariencia de lombriz muerta tiempo atrás, de debajo del cual salió una cucaracha empapada en aceite, nadando hacia la libertad.

Tras proferir una oscura maldición india que Alex no llegó a entender, J.C. volvió a la realidad y se dirigió a su primo con una mirada malévola.

-Recuérdame que te lleve a comer a un sitio que conozco, y que no vas a olvidar jamás. Y al grano, antes de que cojamos cualquier cosa aquí. ¿Qué has decidido?

-Pues que vamos a ver qué es todo esto. Igual estamos ante algo importante, o igual es una memez y no sacamos nada... por eso no quiero hablar de ello con nadie. Pero lo cierto es que creo que aquí hay algo encerrado, y no es un gato, porque si lo fuera mis tres leoncillos hubieran mostrado un interés mucho mayor, en vez de una evidente repulsión.

-Bueno, pues a ver cómo lo montamos. Esta noche me harás un esquema, porque me temo que vamos a correr más mundo que Marco buscando a su mamá.

Despegaron con esfuerzo los vasos de la barra, a la que ya habían quedado adheridos pese a llevar ahí sólo dos minutos, y tras tirarlos al suelo accidentalmente, abandonaron aquel local camino de una aventura comparada con la cual el viaje de Juan Sebastián Elcano era como ir a comprar el pan. Y por la noche, de nuevo en casa de Alex y ante la atenta mirada de Chiche, Milki y Balú, se celebró una nueva y decisiva reunión, esta vez dedicada a la planificación de estrategias y preparativos. Para empezar, J.C. hizo un ejercicio de reflexión, al modo de los antiguos gángsters preparando una operación de importación de 500 camiones de whisky canadiense.

-No se quedó corto el anciano, no; te dijo que este chisme encierra nada menos que la solución para encontrar o descifrar las claves de todo lo que la Humanidad está buscando desde hace milenios. Y que, además, sería peligrosísimo en malas manos, añadiendo que precisamente tú resultas ser "el Elegido" para volver a encerrarlo en un lugar del que al parecer nunca debió salir. Y para colmo, llega a tus manos justo en el momento en que uno de los pocos seres en el mundo que sabían de su existencia guería matarte a palos... Pues sí, lo cierto es que parece un asunto de cierto interés. Pero antes dime, ¿cómo haces para procurarte estos temas de investigación tan sencillos, atractivos y despreocupados? Porque, si no he entendido mal, como no agarres este objeto y lo metas cuanto antes en un agujero que no sabemos dónde está, te puedes cargar el mundo o, al menos, si eso pasa va a ser responsabilidad tuya. Dime, querido, ¿cómo lo haces?... Y ya me explicarás qué quieres que hagamos ante la vistosa circunstancia en que te encuentras y sospecho que me voy a encontrar yo.

-Creo que esto es importante y que vale la pena que lo investiguemos. Lo que no sé es cómo podremos hacerlo. Si me presento ante el director y le digo que quiero averiguar la procedencia de una estatuilla porque me ha dicho un general inglés muerto de un susto que de mí depende evitar el fin de los tiempos, es muy probable que me metan en un cotolengo o simplemente me echen a patadas. Así que hay que encontrar algún medio.

-Si hacemos un escueto análisis de la vida que sueles llevar y que, de paso, me haces llevar a mí, no veo demasiado problema en que podamos hilar un itinerario. Entre entrevistas, catástrofes, conciertos y viajes varios, al fin y al cabo nos hacemos casi un centenar de viajes al año, que pienso que son más que suficiente para ir buscando el agujero ese donde tienes que meter esta porquería –dijo J.C., siempre práctico y analítico–. En lo que sí veo un problema de difícil solución es en lo de hilvanar ese itinerario, establecer una especie de orden para ir de un lado a otro y, sobre todo, en qué lugares

y con qué bases tendremos que buscar. La verdad, querido, es que lo tenemos más crudo que los cubanos... Mira, a mí lo de dar palos de ciego no me parece práctico, al menos hasta que me quede ciego, así que vamos a repartirnos el trabajo. Tú haces un plan de viajes, poniendo por orden todos los que tengas previstos para los próximos meses, y yo hurgo por ahí a ver cómo agarramos algún hilo que nos lleve a algún ovillo.

-Hombre, me parece justo, porque, al fin y al cabo, hace unos días te tiraste el pliego de que eras poco menos que una de las máximas autoridades mundiales en el popularísimo tema de los archimandritas. Así que ahora lo vas a demostrar, o de lo contrario, a quedar como un líder sindicalista. Así que O.K. Tú a lo tuyo y yo a lo mío.

-Por mí, empiezo ahora mismo, pero sucede que he quedado para cenar con una prima mía que es secretaria personal del presidente de Tailandia, y casualmente esta chica hizo su tesis doctoral sobre San Pacomio, que como sabrás...

-¡Corta inmediatamente el rollo!... ¿¡Cuándo coño has oído hablar tú de San Pacomio, fantasma!? A mí me ha llevado una semana llegar a saber, navegando en océanos de cemento fresco, que el tal Pacomio existió y lo que hizo, y de pronto vienes tú a decirme que has quedado con una individua que prácticamente salió con él?

-Como sé que tu ignorancia, aunque relativa, es amplia, no me ofenderé por tus dudas, y te aclararé que mi conocimiento de este tema nació cuando tuve que hacer, en el colegio, un ejercicio sobre los primeros tiempos del cristianismo –que, por cierto, me valió una felicitación y una medalla, gracias al cual conocí a esta muchacha, que había obtenido un premio semejante en su país por un trabajo muy similar, pero cuyo tema central era la visita que Jesucristo, en uno de sus viajes antes de cumplir los 33, hizo a China, donde, como sabrás, conoció a Buda, haciéndose ambos grandes amigos. Ello le valió como premio un viaje a Benidorm –a la chica, no a Buda–, donde yo me encontraba casualmente haciendo un cursillo de electrónica, y comprenderás que nuestra amistad,

nada más conocernos, fue tan inevitable como eléctrica. Cuando intimamos supe que era descendiente directa del monje que fuera primer ayudante de Buda, e hizo su segunda tesis doctoral –hizo tres– sobre este tema, obteniendo una gloriosa calificación. Así que creo que esta querida vieja amiga puede sernos de gran utilidad por muchas razones.

- -Sobre todo a ti, evidentemente... Y dime: ¿cuántos años tienes tú en este momento?
 - -Treinta y cuatro, ya lo sabes. ¿Por qué?
 - -Y ¿cuántos años tiene ese pozo de sabiduría?
- -Creo que veintiocho... ¿por qué te interesas tanto por detalles tan irrelevantes?...

Roído por la duda de si aquello de Jesucristo y Buda tenía ciertos visos de realidad o se trataba de un enorme farol de su primo para salir del paso, lo cierto es que aquella segunda reunión había dejado a Alex algo deprimido. Por más que amasaba el tema, por más combinaciones que hacía con los escasos datos que había conseguido reunir hasta ese momento, no lograba vislumbrar ni el más leve rayo de luz que le permitiera dar el primer paso hacia el tenebroso horizonte que aquel anciano escandaloso, pequeño pero con unos pies tan grandes como es de suponer que serían sus testículos, le había puesto delante sin darle opción alguna a cambiarlo por otro.

Tras pergeñar el "planning" de sus viajes previstos para los siguientes tres meses, que evidentemente no era más que un esbozo virtual, decidió irse a dormir un rato. Como ya había notado en los días anteriores, sobre su mesa no había nadie, y su despacho, excluyéndolo a él, estaba más solitario que una conferencia en el Ateneo. Como se daba la circunstancia de que esa hora (entre las 3 y las 5 de la madrugada) era la preferida por sus tres gatos para dar la lata, saltar, rascar periódicos y pelearse en medio de grandes bufidos, el silencio reinante le produjo una sensación desagradable, como si algo ominoso flotase en el ambiente de aquella habitación, y se fue a dormir con un extraño sabor de boca y la firme impresión de que estaba

haciéndolo mal, que no avanzaba lo más mínimo; pero a la vez iba adquiriendo la certeza de que tenía que ocurrir algo que le diera esa pista que necesitaba. Y esa misma noche ocurrió, la inspiración llegó en forma de pesadilla, quizá para hacer juego con la pesadilla que también estaba viviendo despierto.

Alex soñó, y en su sueño asistió a la redacción de un extraño relato de algo que iba a ocurrir 10 años más tarde, en 1990, según pudo comprobar por la fecha que él mismo escribió en el encabezado del documento. Cuando despertó, bastante violentamente y sudando como un albañil en Dahomey, se apresuró a grabar en un casette lo que recordaba de su sueño, pues de lo contrario lo olvidaría a los pocos minutos, como solía ocurrirle siempre con los sueños y con las broncas de las mujeres airadas. Pero en aquel momento estaba aún tan vívido en su cerebro que el resumen que registró en su magnetófono le quedó de lo más completo. Empezaba recordando cómo se vio a sí mismo, en un extraño lugar de África, escribiendo sobre un infecto retal de algo plano... y esto es lo que escribió:

Una pesadilla reveladora

No sé cómo llegué aquí ni cuánto tiempo llevo encerrado en este agujero. Creía que ya nunca iba a ver otra vez la luz, pero de pronto, hace un rato, el antro apestoso donde actualmente resido se ha iluminado con una especie de resplandor purpúreo. Ahora puedo ver el absurdo decorado de lo que resulta ser una cueva, así como la pasmosa colección de cosas que la decoran. Unos objetos que, mucho me temo, van a ser la causa de mi inminente despedida de este mundo, en el que me he divertido bastante y del que guardaré un buen recuerdo pese a que mi paso por él termine de una forma tan traumática y desagradable como sospecho.

Antes de que alguno de los nauseabundos árabes que me metieron aquí aparezca para llevarme a golpes al "palacio" donde me van a juzgar y a dejar fuera del paraíso de los creventes -menos mal, porque tiene que estar bueno aquello-, dedico mis últimas horas, por hacer algo, a dejar constancia de todo lo ocurrido, aunque es más que probable que esta especie de testamento se lo coma una rata, pues lo escribo en un pedazo de papel mohoso que no consigo identificar: o se trata de un pergamino antiquísimo o bien es el inmundo y grasiento pellejo seco procedente de una nalga de cualquier otro desgraciado que vivió aquí sus últimos días antes que vo. Una vez más, v va va una docena en los últimos tiempos, me echo en cara el no haber aprendido arameo, hebreo ni ninguno de esos idiomas antiguos tan prácticos, v el no saber siguiera viddish ni árabe me produce una profunda indianación conmigo mismo. Si en lugar de haber perdido el tiempo viajando por ahí, haciendo reportajes por el mundo o hurgando en los entresijos de los bajos y los altos fondos, hubiese dedicado unas cuantas horas diarias al aprendizaje del caldeo o incluso el quechua, no me iría como me va. Me acuerdo de mi madre, de cuánta razón tenía cuando me decía una y otra vez: "Déjate de ir a cenar con los peludos esos y ponte a aprender urdu..." En fin, eso ya no tiene remedio pero, al menos, este roñoso cacho de lo que sea que encontré semienterrado me sirve para tratar de escribir mis últimas impresiones. Menos mal que pude esconder mi último bolígrafo en el único lugar posible que tuve para esconderlo, y que no creo necesario especificar.

Por deseo de un Ser Supremo, que al parecer está dirigiendo mis pasos a través del mundo y utilizándome como si fuera el protagonista de un videojuego diseñado por un demente, me encuentro dónde y como me encuentro. La amalgama de circunstancias que

me han conducido hasta este momento cumbre es, si lo analizo fríamente, tan pintoresca como indignante. Pero considerando lo ocurrido en estos últimos años, lo que he visto y lo que me he encontrado, doy por buena esta desgraciada circunstancia final, esta triste gracia de que me vayan a liquidar porque se estropeó un coche v no había ningún teléfono cerca... y porque no ocurrió en una tranquila calle de Londres o Copenhague, sino en medio de un desierto polvoriento justo cuando me perseguían unos enloquecidos beduinos de una patulea que se hace llamar "Al-Qaeda" o algo parecido. Y precisamente cuando en ese coche, para mayor desgracia, llevaba una serie de objetos que durante estos años habían ido cayendo en mis manos y que, como podrá comprobarse si todo esto llega a salir a la luz, son la base, o al menos el motivo, de todos los grandes males de la Humanidad. No en sí mismos, porque no son esos objetos el origen del mal, sino que son el catalizador que provoca que la maldad innata al ser humano salga de él, se dispare al viento y finalmente impregne el mundo una vez y otra. Y todas esas cosas las tengo yo, en el peor momento y el peor lugar. Y, sobre todo, habiéndolas encontrado en relativamente poco tiempo, considerando que esto mismo lo han buscado otros cuantos miles de individuos durante los últimos dos mil años, sin resultado alguno porque, al parecer, se reservaban para que las encontrase precisamente vo. Yo, que andaba buscando otra cosa, me encuentro ahora contemplando los que sin duda son varios de los objetos más preciados y perseguidos del universo.

El análisis detenido de todo lo que me ha sucedido y me sigue sucediendo me produce una rara sensación de estupor que no consigo sacudirme, y que creo más que justificada. Cuando pensaba que ya no había nada en el mundo que pudiera sorprenderme, una leve

luz púrpura, como de fuego fatuo o de residuo radiactivo, iluminó tenuemente la cueva, lo suficiente para que pudiera captar una serie de detalles que, expuestos todos juntos ante mí a manera de índice o resumen provisional de este viaje alucinante, se transforman en algo diferente a lo que hasta este momento habían significado por separado, empezando por la cueva misma. La oscuridad absoluta en que viví desde que llegué a este antro me impulsó a no correr demasiados riesgos exploratorios, pues temía que en cualquier parte pudiera existir un agujero que me llevase directamente al infierno si tenía la mala suerte de caer en él. Así que me había limitado a tantear los alrededores del apestoso jergón sobre el que me habían arrojado inconsciente, después de una dolorosa sesión de golpes, patadas, latigazos y vaharadas de aliento fétido. Me limité a vivir en unos ocho o diez metros cuadrados, va que, por una parte, hacia la derecha el suelo desaparecía abruptamente, como si me encontrara al borde de un abismo; v por otra, los sonoros crujidos que notaba bajo los pies cada vez que abandonaba el perímetro que me había marcado me proporcionaban una clara idea del tamaño de las cucarachas y otros graciosos insectos que comparten conmigo lo que yo creía una simple mazmorra, infernal, pero pequeña. Y también las constantes peleas de ratas, que por su extraordinaria sonoridad recordaban a las peleas de las películas de chinos, haciéndome suponer que a alguno de aquellos roedores podría servirles la ropa de mi talla.

Sin que jamás llegase a ver un triste rayo de luz, cada día me introducían por un agujero una costrosa escudilla conteniendo lo que debía suponerse que era comida. Iba atada a una cuerda, y al cabo de un par de horas la retiraban de un tirón. Supongo que lo harían para que no se murieran las ratas o las cucarachas si

por error se comían los restos de aquella cosa, privándome así de su interesante compañía. Me di cuenta de ello al noveno día, cuando decidí comer, y de paso inspeccionar la escudilla con el fin de idear un posible uso práctico de su contenido, como veneno, explosivo o pegamento. Pero el hecho de comprobar al primer contacto que lo que aquel cacharro contenía estaba en movimiento, enfrió por completo mi escaso brío investigador. Aquello era como una horrible pesadilla, que ya es malo, pero tener una pesadilla a oscuras, sin ver siquiera lo que sale en ella, resulta excesivo.

Finalmente renuncié a volver a acercarme a la nauseabunda vasija v opté por sobrevivir a base de fuerza mental. Cuando la sensación de hambre se hacía espantosa, pensaba en la comida de hospital -una vez tuve que vivir en uno un par de semanas-, v el terror que me producía la bandeja aris que me llevaban, la del rancho destinado a los pobres desgraciados que no podían probar la sal, podría compararse al que sentían los pueblos costeros del Medievo cuando llegaban los vikingos; la simple visión de aquella fuente lograba que cualquier rastro de hambre desapareciese durante varias horas. Cuando la gazuza atroz regresaba de nuevo, pensaba en un plato de acelgas, en el olor de una sala de autopsias tras abrirle la tripa a un mexicano muerto varios días antes por un atracón de frijoles o en algo de similares características, como darle un beso con lengua a Yasser Arafat, y lo cierto es que aquel sistema de control mental resultó efectivo durante varios días más. Llegué a pensar en comerme a mí mismo, lo que hubiese supuesto un récord de reciclaje, pero estaba ya tan flaco y olía tan mal que sería como comer pescuezo de buitre, que tampoco me apetecía mucho. Y va estaba pensando en morirme sin más cuando se encendió esa tenue luz púrpura que me dejó ver por fin, poco a poco y saboreando los detalles, la inmarcesible estancia de la que era habitante involuntario. No era una cueva pequeña, sino una enorme nave cuyos límites, por supuesto, no alcanzaba a distinguir con la única ayuda de aquella lúgubre y tenue luminiscencia, fantasmal pero mortecina.

Entonces me percaté de que, en todo el tiempo que llevaba encerrado allí, apenas había abierto la boca salvo para proferir alguna que otra maldición en voz baja, pues tenía "miedo general", es decir, a todo, a que entrase uno de aquellos árabes y me diese de latigazos, a que las ratas se asustasen y me devorasen como venganza o a cualquier otro peligro de los muchos que podía encerrar aquella oscuridad tan negra y maloliente como las babuchas de un carbonero marroauí. Me sorprendía, no obstante, no haber escuchado el menor eco durante todo aquel tiempo, pues incluso los chirridos de las ciclópeas ratas deberían provocar siguiera una ligera reverberación. Envalentonado por aquella luz fantasmal decidí gritar hasta desgañitarme, pues no sólo le estaba perdiendo el miedo al guardián, sino que estaba ya tan harto que un buen alarido probablemente sería magnífico para mis nervios.

Elegí un grito acorde con las circunstancias, algo que tuviera la personalidad del alarido de Tarzán y la fuerza del bramido de un tapicero ambulante de la época", así que aullé: ¡¡¡ GOOOL...!!!. Y entonces se desató el Apocalipsis.

Millones de murciélagos tan grandes como avionetas de fumigación emprendieron, todos a una, un enloquecido vuelo llenando el aire de histéricos chillidos, chirriantes como tornos de dentista, en busca de una salida en alguna parte. Pero aquel momentáneo pánico valió la pena por varias razones. La primera fue que el resplandor púrpura aumentó como por arte de

magia, pues las paredes que aquellas legiones de rollizos quirópteros cubrían aletargados brillaban ahora como si las revistieran miles de luces de neón. Y entonces pude comprobar que me encontraba en una gruta enorme, tan grande como la nave central de una catedral, con miles de estalactitas decorando sus lejanos techos como en una retorcida pesadilla gótica.

En ese instante decidí irme de allí. Sólo tenía dos alternativas: quedarme y ser ejecutado o agarrar mi equipaje y seguir a los murciélagos en su camino hacia otra parte. De manera milagrosa, la bolsa gris de hule indestructible que contenía los objetos que tenía en mí poder seguía allí, envolviendo los fragmentos de historia que constituían mi desgracia... o mi fortuna. Así que cerré bien la bolsa, aseguré el cierre hermético de cremallera a prueba de agua y, echándomela al hombro, emprendí la fuga.

El lugar donde yo había vivido aquellos días resultó ser una especie de terracilla, un poco más elevada que el resto del suelo de la cueva, algo así como un palco suspendido sobre un inmenso anfiteatro. Toda la superficie del piso situado bajo la bóveda –ahora iluminada– estaba cubierta por una capa de guano de casi un metro de profundidad, dato que obtuve por el sencillo procedimiento de meterme hasta la cintura en aquella pasta indescriptible, en aquellos dos mil años de mierda de murciélago en plena fermentación, pues nunca se me hubiera ocurrido que un suelo pudiera ser así, y por otra parte carecía de nada que pudiera utilizar como sonda.

Alumbrado por el raro fulgor, arrebatado por la inexpresable peste del entorno y azuzado por la prisa que me sugería la posible aparición de mi miserable guardián, sin duda alarmado por la barahúnda que animaba el ambiente, tomé la misma dirección que habían tomado los quirópteros. Suponiendo, con muy buen criterio, que conocían la salida y que me conducirían a ella,

procuré moverme con la máxima velocidad en aquel mar de mierda, avanzando en medio de una violenta miscelánea de sentimientos y sensaciones. Y por fin, a cosa de doscientos pasos –los iba contando para no pensar en otra cosa – el suelo empezó a ascender, y su grumosa moqueta a descender. Salir de un lago como aquel es una sensación tan agradable como desagradable lo es la de entrar. Pero al fin algo cambiaba; la luz púrpura iba tamizándose, mezclada de un modo agradablemente mágico con otra diferente, la del sol, que entraba como un láser violento y salvador por una providencial brecha en la montaña, allá en la lejanía.

Por fin alcancé la ansiada salida; una especie de chimenea natural me condujo, por una rampa ascendente, desde el límite de la cueva hasta la falda de la montaña. Allí, a la salida del túnel, bajo los 48 grados de temperatura que procuraba gratuitamente un sol infernal, estaba J.C., a bordo de un coche negro parecido a un gigantesco "Jeep", blindado, que según me dijo le había reglado un amigo colombiano. A través del parabrisas, sobre el salpicadero de aquel impresionante artefacto, vi inmediatamente la familiar figura de mi inseparable estatuita.

-"¿Dónde carajo estabas metido? -me espetó J.C-; te he buscado durante casi dos semanas por estos agujeros, y de pronto emerges del único en que no había mirado aún porque salía de ahí una peste inaguantable. Por cierto: te he traído tu muñeco... y me parece que viene alguien por allí, unos 500, a juzgar por la polvareda."

Mientras huíamos a toda prisa una vez más, J.C. me contó los detalles de lo ocurrido durante mi encierro en aquella cueva; y poco a poco iba haciéndose en mi cerebro una cierta luz, mientras el apresurado resumen que elaboraba en medio de nuestra fuga iba abriendo una serie de ventanitas, como en los calenda-

rios navideños nórdicos, en mi obturada zona cerebral dedicada al almacenaje de recuerdos. Y como a fogonazos fui recordando todo lo ocurrido antes de que me secuestraran. Todo había empezado porque el Archimandrita, una tarde cualquiera y de la forma más inesperada, decidió revelarme las pistas que estaba necesitando. Supongo que no fue accidental, pero el caso es que mientras le daba vueltas y más vueltas entre mis manos, buscando alguna inscripción disimulada o algo parecido, el muñeco, sin más ni más, se abrió. Como si fuese un libro. En dos mitades, y no parecían existir junturas ni cierres secretos. Pero se abrió, dejándome ver un pequeño compartimiento alargado v estrecho. dentro del cual, para mi sorpresa, había un diminuto pergamino. Inmediatamente lo desenrollé, y allí estaba la "lista de instrucciones" de lo que vo debería hacer para salvar al mundo...

Y justo en ese momento, Alex se despertó.

Aquel sueño no sólo había sido extraordinariamente nítido y detallado, sino que tenía la curiosa particularidad de que se dejaba recordar con una perfección y un detalle tales que era como si el periodista acabara de ver una película. Saltó de la cama y salió disparado hacia el despacho, primero, para grabar el relato, y después, en busca de la estatuilla. Diez segundos después de concluir la grabación estaba manoseándola con el mismo entusiasmo con que Aladino frotaba su lámpara, tratando de recordar con exactitud qué era lo que hizo en su sueño para conseguir que el muñeco diera a luz su pergamino. Y sin saber cómo, mientras le retorcía la nariz, la estatuilla se abrió en dos partes exactamente iguales, dejando al descubierto el mismo pergamino enrollado que acababa de soñar. Era del tamaño de un purito, y estaba tan magníficamente conservado que parecía nuevo, algo muy comprensible dado

el férreo hermetismo del recipiente que lo contenía. Empezó a desenrollarlo con sumo cuidado, y a cada vuelta iban apareciendo ante sus ojos líneas finamente trazadas, formadas por extraños caracteres diminutos, muy juntos pero extraordinariamente nítidos. Era como el prospecto de una medicina, solo que en lugar de en papel estaba escrito en una finísima piel, a primera vista posiblemente humana. Pero en cuanto a su contenido, ese sí que parecía tan incomprensible como el de los prospectos del mundo de la farmacopea.

Alex estaba nervioso y excitado, algo que no solía ocurrir-le con frecuencia, pero es que se encontraba ante una situación tan inédita para él que le producía unos efectos muy originales. En circunstancias normales, habría guardado el pergamino en alguno de los doscientos lugares seguros de que disponía en su laberíntico y abarrotado despacho, se hubiera fumado un purito y se habría vuelto a dormir, dejando el asunto para el día siguiente. Pero en lugar de eso, y en un estado de excitación rayano en el frenesí, lo que hizo fue llamar inmediatamente a J.C., sin tener en cuenta que eran las 4,47 de la mañana –hora que, por otra parte, tampoco tenía nada de particular.

-Ven inmediatamente. Está pasando algo grande.

-Te has vuelto loco, ¿verdad? -respondió su somnoliento primo que, por una vez, estaba en la cama a esas horas-. Fúmate un paquete de tila y espera a mañana.

-Es que anoche estuve en la presentación de una película en el "Palace", y resulta que se han venido conmigo a casa esas dos actrices que la protagonizan. Una se llama Sharon Stone y la otra es una tal Katherine Z. Jones (recuerde el lector que estamos en 1980)... habrás visto fotos de ellas. Es que les encantan los gatos, les hablé de estos tres y quisieron venir a conocerlos y a tomarse unas copitas... oye, ¿estás ahí? ¿Has colgado?

En ese preciso momento sonó el timbre del portero automático, y doce segundos después un J.C. perfectamente afeitado, peinado, perfumado y elegantemente ataviado hacía acto de presencia con una sonrisa amplia y encantadora que dejaba ver sus dientes recién blanqueados y pulidos.

- -¿Dónde están? -preguntó entusiasmado el primo (nunca mejor dicho).
 - -Se ha abierto.
- -¿Quién se ha abierto? ¿Las dos?... ¡Pero si no he tardado nada!
 - -El Archimandrita. Se ha abierto.
- $-_i Y$ ahora te voy a abrir yo a ti la cabeza! O sea, que era un truco, miserable...
- -Sí, pero es que no podía esperar a mañana. Creo que he encontrado la clave. Mira esto.

La cara de J.C., segundos antes tan feliz y exultante, no mostraba una excesiva satisfacción. Miró con evidente cólera el muñeco y el pergamino y expresó sus sentimientos, sin duda cegado por una momentánea ira, por otra parte muy justificada.

- -¡O sea, que en vez de estar ahora aquí con Sharoncita o con Kathy jugando al acoso y derribo, estoy con el rastrero propietario de un asqueroso feto malayo que acaba de parir un puro!
- -No seas llorón y analiza la importancia de esto. ¡Esta es la clave que decía aquel viejo gritón que teníamos que encontrar...!
 - -¡No, que "teníamos", no, que "tenías" tú!
- -Bueno, pero tú ya estás tan metido en esto como yo, así que deja de lamentarte y vamos a tratar de descifrar esto.
- -Bien; tú sabes arameo, caldeo y egipcio antiguo, ¿verdad?... Porque si no, esto lo van a tener que interpretar un farmacéutico o un exorcista.
- -No parecen letras, sino signos, una especie de clave. Vamos a callarnos un rato y a concentrarnos.

Diez minutos después, tras un esfuerzo de concentración inusual para ambos a aquellas horas, conseguido mediante la ingesta de media botella de Jack (Daniel's) dejaron de mirar el pergamino.

- −¿Qué te parece? −preguntó Alex
- -A mí me parece la guía de teléfonos de Ulán Bator. Y también me parece que la Z Jones está mejor acabada que la Stone, que ya es difícil... Pero yo creo que las dos llegarán lejos.

-¿En eso estabas pensando, mastuerzo? En fin, tendremos que llevar esto por ahí a ver quién es capaz de entender-lo. Por cierto, cuando empiece a concertar citas con ciertos expertos me gustaría no hacer demasiado el ridículo, y poder decirles si lo que les llevo es un pergamino, un papiro o cualquier otra cosa en la que escribiera aquella gente. ¿Tú sabes qué es esto?

-Pues claro que lo sé. Está clarísimo que esto es un pergamino, que no es lo mismo que un papiro. Cualquier ignorante sabe que un pergamino es un pellejo, la piel de una oveja, una cabra, una ternera o una vaca, aunque en realidad vale la piel de cualquier animal y, claro, también la humana. Para sacar esta especie de papel, la piel se sumerge en una solución de cal y semen de oveja -macho, por descontado-, que hace que se pueda restregar para quitarle todo el pelo de una manera perfecta. Luego se raspa hasta que queda igualado por las dos caras, y finalmente se pule la piel con polvo de piedra pómez hasta que queda convertida en un pergamino válido para escribir. Además, antes de que me lo preguntes, te diré que hay varios tipos de pergamino: uno más basto y grueso, que se hace con el pellejo de un animal más viejo, y otro más fino y delicado, que se llama vitela y que es el que tenemos entre manos en este momento. Y aún añadiré algo más: el pergamino más basto, el más grueso y procedente de animales más viejos o de esclavos muy trabajados, es el que se usa para hacer tambores, panderetas, zambombas y artilugios de percusión similares. Así pues, espero que te haya quedado claro que esto es un pergamino, cosa que se dice también de algunas señoras ya entradas en años.

-No me levanto a aplaudirte porque son las tantas y además porque no tengo ganas, pero me has dejado tieso como un pergamino para zambombas con este alarde de sabiduría. Al menos ya sabemos algo más.

-Vale, pues yo me largo y ya seguiremos mañana. Oye, ¿sabes en qué hotel están?

Un relámpago de luz negra

Cuando volvió a quedarse solo, Alex volvió a echar otro vistazo al pergamino antes de guardarlo. Y entonces, un extraño prodigio se operó en su mente: de pronto, comprendió con toda claridad el escrito, todos y cada uno de aquellos diminutos signos adquirieron para él un significado. Miró con asombro al Archimandrita, y con un pasmo aún mayor notó que le había cambiado la cara; antes va era feo a modo, pero ahora, además, tenía el ceño fruncido y un rictus de desprecio se dibujaba en su boca. En ese momento, un violento relámpago oscuro, como de luz negra, iluminó la habitación con un fulgor diabólico, y cuando aquella sombría luz se apagó, sólo un objeto de la estancia se podía ver con claridad: el pequeño pergamino, que aparecía iluminado de una manera extraña, como si esa irradiación que parecía emitir surgiera de su interior, convirtiendo cada signo y cada palabra en algo tan visible como un anuncio de neón.

Alex, que no salía de su asombro, se aplicó inmediatamente a analizar la situación y, sin gran esfuerzo, dedujo de que aquello era obra directa de la propia estatuilla, que sin duda ya estaba harta de esperar a que aquel "Elegido" tan corto de entendederas descubriera el secreto que tenía que revelarle. Por eso ahora entendía perfectamente aquel extraño manuscrito lleno de lo que poco antes le parecían signos cabalísticos y que ahora podía leer con diáfana claridad. Y lo más asombroso era que aquellos signos no habían sufrido transformación alguna, seguían siendo los mismos que unos minutos antes. Lo que se dice un caso fulminante de ciencia infusa.

El pergamino estaba firmado en un lugar llamado **Ακτή**, en castellano "Actí", fechado en el año 963, y en su encabezado figuraban otras dos palabras que unos minutos atrás no hubiera diferenciado de una caja de lombrices para cebo de pesca, y que ahora se le revelaban como lo que eran: griego antiguo: 'Άγιον 'Όρος, ("Agión Orós") la "Montaña Sagrada".

Lo que seguía siendo curioso era que Alex no entendía una palabra de griego antiguo, pero sin embargo sí comprendía lo que estaba escrito en el pergamino.

Tardó un par de horas en traducir el mensaje y transcribirlo, porque aunque captaba el concepto general del escrito su redacción era tan mala, o al menos tan rara, como la de un becario de informativos de cualquier cadena de televisión. Pero cuando empezaba a amanecer y las primeras luces del día iluminaban el final de la jornada de los tripulantes de los camiones de la basura, el asombroso mensaje contenido en la barriga del Archimandrita y oculto durante siglos era ya perfectamente legible y asimilable. Y, como había anunciado aquel anciano al principio de nuestra historia, era marcadamente terrorífico. Al menos, si se le daba un sentido literal:

El mensaje

La clave del Poder del Hombre está en él mismo desde el principio de los tiempos. Dios ha dado al Hombre el poder v la capacidad para usarlo, pero éste no ha sabido hacerlo. Pronto, ríos de sangre cubrirán el mundo y el Hombre deberá pagar su torpeza con la vida de toda la Humanidad. El dolor y la muerte vendrán de la mano de los hombres, los elegidos por las fuerzas del mal para ser los ejecutores de la victoria sobre las fuerzas del bien. Durante la primera mitad del primer siglo del tercer milenio el mundo vivirá una época oscura, salvaje v brutal, las guerras por la religión, por el poder o por simple codicia serán constantes, y la enfermedad se unirá a la violencia para el exterminio de los hombres. Pero en la segunda mitad del primer siglo del tercer milenio el Hombre saldrá poco a poco de su monstruosa estupidez y se esforzará por mejorar su vida. Durante años llegarán tiempos de mejoría, la época oscura parecerá ir quedando atrás y renacerán

las mejores virtudes de los hombres, pero las guerras, las enfermedades y el hambre no desaparecerán. Y finalmente grandes guerras implicarán y exterminarán a hombres de todas las razas, y el mundo se cubrirá de horror y de muerte. Cuando el tercer milenio nazca, el final del Hombre será inminente. Terribles guerras de religión sustituirán a las antiguas guerras de poder, y serán las más espantosas y destructivas que el Hombre hava conocido. Una religión derivada del Islam, degenerada de éste, que surgirá y acogerá a muchos de los descendientes originales de las tribus primitivas, caerá bajo las garras de un iluminado criminal que conseguirá imponer el terror en todo el mundo, y los hombres más débiles v de escasa inteligencia caerán bajo su influjo, convirtiéndose en fanáticos a su servicio. El tercer milenio nacerá bajo el signo del dolor y el miedo, y con el milenio comenzará también la mayor guerra de religión que el mundo haya conocido, en la que el Islam corrompido se enfrentará al cristianismo y al resto de las religiones, tratando de imponer su ley por la fuerza, v tras años de degeneración esa religión podrida derivará hacia un fanatismo asesino. Pero tras esa época de miedo y dolor, será destruida, aplastada por el resto del los hombres, y erradicada de la faz de la tierra. Pero esta guerra costará cien veces las vidas de tantos hombres como hoy habitan el mundo. Entonces la Humanidad se encontrará en el umbral de su fin, porque será entonces cuando llegará el reinado del Mal, y el Maligno extenderá su poder oscuro sobre toda la Humanidad, que ya no tendrá futuro. Sólo de una forma podrá evitarse, v un "Elegido" será quien deberá hacerlo. Él mismo encontrará las claves para poder vencer en la batalla final. En mí está la clave.

Ακτή. 999.

Cuando terminó de leer, Alex estaba tan desconcertado como antes. Había una serie de claves que a primera vista parecían perfectamente claras, pero que al profundizar en el análisis ya no resultaban tan evidentes, y estaba claro que habría que darle muchas vueltas al extraño texto para llegar a desentrañar su auténtico significado. Pero en todo caso, lo que parecía evidente era que el desgraciado "Elegido" que ya aparecía señalado con el dedo en un pergamino milenario, era él.

Cuando a las diez de la mañana se encontró con su primo, el aire de superioridad de Alex contrastaba con su aspecto aterrorizado. Tras asumir un par de insultos provocados por la falsa información que le había facilitado horas antes sobre el hotel en el que pernoctaban las dos nuevas joyas del cinematógrafo, Alex decidió centrar el tema. Y fue contundente.

-Ya he descifrado el pergamino.

-Ya, ya me imaginaba que aprovecharías la noche. Y ¿qué has sacado en claro?

Alex le mostró la trascripción que había hecho, y que fue leída por J.C. con una atención que asustaba y una creciente excitación.

-Al parecer lo escribieron en un lugar llamado "Actí", y por lo que he leído eso ocurrió en el 999- dijo Alex-; pero antes de analizar lo que pone ahí, que tiene tela, deberíamos localizar el lugar, que no debe ser muy difícil.

-Pues no, no es difícil, viejo -surgía de nuevo el J.C. enciclopédico, el pozo de datos que tanto adoraba y a la vez indignaba a su primo Alex- No sólo no es difícil, sino que es algo tan simple que cualquiera que haya estado en Grecia o sea aficionado a la lectura de folletos turísticos sabe perfectamente que ese lugar es Meteora, llamado también Monte Athos o "Montaña Sagrada", y que se encuentra en Grecia, en la península de Khalkidhiki, junto al Egeo. Por suerte, tengo una amiga que vive cerca de allí, y que hace un par de años, cuando me la encontré por casualidad en Atenas, me invitó a ir a su casa para que la ayudara a no recuerdo qué. El caso es que fui, y

una tarde me preguntó si me gustaría conocer Meteora, que en griego significa "elevado en el aire" o "colgado del cielo", asegurándome que valía la pena porque estaba a menos de dos horas de coche y me iba a sorprender. Así que fuimos. Y ello me sirve para poder decirte ahora que ese sorprendente lugar está al norte de Grecia, en la llanura de Larissa, en la región de Tesalia. Allí existen unas enormes formaciones rocosas que en el siglo X se pusieron de moda entre las comunidades monacales, que empezaron a construir sobre ellas una serie de monasterios, porque el lugar es tan abrupto y escarpado y el acceso a cualquiera de aquellas rocas es tan difícil que resultaba perfecto como asentamiento de lugares destinados a la oración y el aislamiento, es decir, un terreno perfecto para construir monasterios, de los que edificaron más de veinte. En ellos llegaron a vivir hasta 5.000 monjes, aunque hoy sólo quedan unos 2.000.

-Pues creo -se atrevió a decir Alex, impresionado por aquella catarata de conocimientos- que deberíamos empezar a investigar por ahí; habría que ver de dónde salió este muñeco y si en el lugar del que parece proceder saben algo sobre él, conservan alguna leyenda o algún documento...

-No será fácil, porque para ir a Meteora hacen falta una serie de permisos y trámites. Es un lugar protegido.

-Hace poco leí que, precisamente ahí, se rodará una larga secuencia de la nueva película de James Bond, que se llamará *For Your Eyes Only*. Creo que la dirigirá John Glen. Llamaré a la Warner...

Un par de horas después la suerte les había sonreído abiertamente. La película se empezaba a rodar justo en aquellos días, y la productora iba a facilitar a una serie de periodistas los permisos gestionados en Grecia para que pudieran asistir en Meteora a una rueda de prensa con John Glen, el director, y naturalmente con Roger Moore–Bond, Topol y los demás actores principales.

-Parece que esto empieza bien, o al menos con suerte -comentó Alex, que ya estaba gestionando los viajes para un par de días después. Obtuvo el permiso del periódico para hacer el reportaje de la película y acompañarlo con otros dos o tres sobre la zona y sus curiosas costumbres, destinados al suplemento Dominical y a las páginas de Viajes, ya que el lugar se pondría muy de moda cuando se estrenase la película.

Misterios y Monasterios

Dos días después, Alex y J.C. estaban en Meteora. Aunque la cita era al día siguiente en el monasterio de Agias Triados (o de la Santísima Trinidad), decidieron llegar antes para echar un vistazo a la zona y tratar de averiguar cual de los demás monasterios podía ser el punto de origen del pequeño Archimandrita. El que iba a ser escenario de la película de Bond no era el que les interesaba, ya que fue construido alrededor de 1450, y el que buscaban era cinco siglos más antiguo. No obstante, y con la excusa de que se les esperaba al día siguiente, decidieron ir primero al Agias Triados y allí informarse sobre todo lo que pudieran.

-¿Conociste este monasterio cuando viniste con tu amiga o fuiste a ver otros? -preguntó Alex.

-Este lo vi de lejos... y digo que lo vi porque vine solo. Mi amiga no pudo entrar en Meteora porque aquí, hasta hace poco, las mujeres tenían prohibida la entrada. Y no sólo las mujeres sino también todos los animales hembra, con excepción de las gallinas. Al parecer era para evitar tentaciones a los monjes. Precisamente hace muy poco que una orden monástica femenina ha conseguido permiso para instalarse aquí, aunque lógicamente no tiene trato alguno con los frailes de los demás monasterios.

-Buenos tenían que ser los monjes de la época en que se estableció esa prohibición. Ahora entiendo por qué sola-

mente había machos en el alquiler de burros –tan original comentario se debía a que ambos viajaban a lomos de sendos jumentos, ya que el camino era casi impracticable incluso para una cabra. Era un angosto sendero de unos tres kilómetros, que partía del pueblecito de Kambalaka y llevaba hasta una enorme roca, en cuya cúspide, a unos 40 metros sobre el suelo, estaba el monasterio.

-Supongo que no habrá ascensor -comentó Alex con desesperanza.

-Pues sí, hay ascensor, pero manual, hay que tirar de la cuerda, como en los cabrestantes de los barcos y los camiones de mudanza. Pero también hay escaleras, si prefieres.

Naturalmente, eligieron el ascensor, especialmente porque el que tiraba de la cuerda era un cenobita que atendía por hermano Gelasio, y que resultó ser un sujeto muy simpático y amable. Tras informarles en una macarrónica pero comprensible mezcla de idiomas variados de que aún no había aparecido por allí ninguno de los "del cine", que llegarían al día siguiente, les invitó a un "ouzo" y un platito de queso de cabra, pero sin asegurarles que podrían pasar allí la noche, como era la intención de Alex, que a causa de no haberse tomado la molestia de informarse sobre las costumbres locales –para eso llevaba a su lado al archivo viviente de su primo– quiso darle al monje una propina, cosa que éste rechazó con grandes aspavientos.

-Aquí no existe el dinero -le aclaró la enciclopedia ambulante-; está prohibido y todos lo desprecian, porque se considera algo impuro.

A la vista de que no aparecía ningún otro fraile y que el simpático portero-ascensorista Gelasio no parecía muy dispuesto a dejarles seguir adelante, Alex decidió ahorrar tiempo.

-Oiga, hermano, este monasterio fue construido según se dice en 1458; pero aquí en Meteora hay unos veinte... ¿sabría decirme cuál de ellos existía ya en el año 950, más o menos?

En su chapucero potaje lingüístico, el amable religioso respondió:

-"Magysto Lyria", monsieur; siécle nine, fondé in the year 963 by Saint Anastassious, sire. Is the plus big et antique of toutes les monis (monasterios, en griego, al parecer) in Agión Oros, bwana.

-¡Souffle (sopla)! -dijo Alex- Pues le he entendido perfectamente. Yo creo que los dos somos políglotas... Bien; pues demos un paseo por Magysto Lyria antes de que lleguen los colegas.

Y entonces fue cuando empezaron a pasar cosas.

La maldición se pone a trabajar

Volvieron a subir al pintoresco elevador manual, y cuando iban a medio camino notaron que el artefacto vibraba violentamente, cosa que les extrañó, aunque no tanto como el hecho de ver pasar a su lado, en dirección al suelo, una especie de bola negra que gritaba enloquecida. Cuando llegaron abajo pudieron comprobar que aquella bola era un individuo envuelto en un hábito, probablemente otro monje, que sin el menor género de dudas había abandonado este mundo para irse a otro. Una caída desde aquella altura, a no ser que se llevase un paracaídas, no podía acabar de otra forma que como aquella masa negra salpicada de manchas y, en algunos puntos rayas rojas, lo que al contemplarla hacía evocar por un momento la visión de un taxi de Madrid, algo difícil de encontrar en Madrid y sin duda mucho más difícil de encontrar en Meteora, al lado de dos borricos enjaezados y de otros dos que bajaban de un ascensor manual, sin enjaezar pero con los pelos de punta.

-¿Qué habrá pasado ahí arriba y quién será este monje? Porque no es Gelasio, el políglota – se preguntó Alex cuando el ascensor tocó el suelo.

-Sea lo que sea lo que haya pasado lo mejor es largarse de aquí cuanto antes o nos veo metidos en una comisaría griega durante una semana. De todos modos, no podemos ayudar en nada porque no hemos visto nada, cosa que evidentemente na-

die se va a creer. Hazme caso y larguémonos de aquí, ya. Aunque no me inspira demasiada confianza la pista que nos ha dado el monje de ahí arriba, a la vista de lo que cae desde su garita.

El monasterio que les indicó Gelasio como probable fuente de rastros de interés para su investigación, el Magysto Lyria, conocido en español como "La Gran Laura", era el mayor de los veinte que se diseminaban por la península sagrada de los monasterios "colgados del cielo". Allí los recibieron con parecida amabilidad, aunque se notaba un ambiente más turístico, con unos cuantos visitantes dando vueltas por el lugar, algo que no habían encontrado en Agias Triados.

El trayecto en pollino de un monasterio a otro fue bastante agónico, dado que aunque tenían la ominosa impresión de que alguien les seguía, sólo veían a su alrededor un paisaje perfectamente mediterráneo; olivos, viñedos, bosquecillos y monte bajo, y una llamativa sensación de que el mar estaba tan cerca que podrían haber hecho el viaje pescando sardinas desde el burro, de no haber sido por el estado de nervios próximo al desasosiego que ambos experimentaban de forma creciente.

Para su sorpresa, tras llegar al antiguo monasterio no tardaron más de diez minutos en encontrar a un viejo monje, encargado de la tienda de regalos para turistas y experto local en tradiciones de la zona, el hermano Palamedes, que los miró extrañado cuando Alex, como de una forma casual y haciéndose el distraído, le hizo una pregunta concreta:

-Muy curioso todo eso que nos cuenta, hermano. Por cierto, un amigo mío que estuvo aquí hace unos años me contó algo que aún me produce cierta curiosidad... Me habló de que había conocido a alguien que tenía una extraña estatuilla negra, pequeña. Al parecer era muy antigua y, según le dijeron, procedía de aquí, del Monte Athos. Mi amigo juraba que aquella estatuilla tenía algo mágico, encerraba un secreto o un misterio. ¿Ha oído usted algo de eso?

Según Alex iba desgranando la pregunta con la misma despreocupación con la que un babuino despioja a otro y se

come el producto de su trabajo, el rostro del hermano Palamedes iba adquiriendo un tono níveo, mientras se deformaba en una mueca mezcla de ira y recelo. En un inglés mucho más shakesperiano que el que desplegaba el portero-ascensorista de Agias Triados, el anciano Palamedes cortó la conversación sin miramientos.

-¿Dónde ha oído usted eso? ¿Sabe acaso de qué está hablando? ¿Sabe que si esa estatuilla que usted dice es la que yo creo podría desencadenar un holocausto, como ya ha ocurrido otras veces? -El pobre anciano, que por un momento trajo a la memoria de Alex al viejo general Bronswick, poco a poco iba convirtiendo su tono lastimero en otro mucho más histérico- ¡¡¡No me estará hablando del Archimandrita, esa maldición que no puede ser otra cosa que un castigo de Dios!!! ¿Ustedes han oído hablar del monasterio de Monte Cassino, en Italia?

-Claro, fue un punto clave en la II Guerra Mundial.

-¡Claro que lo fue. Fue el lugar donde Hitler decidió esconderlo tras haberlo encontrado cuando aún no era más que un pintorzucho muerto de hambre! Y ya saben lo que ocurrió a costa de aquello.

-¿Pero para qué quería Adolfo la estatuilla? -Preguntó J.C. - Debe ser muy práctica, a pesar de la mala fama que parece que tiene.

–¡Porque da el poder a quien la posee, un poder inmenso sobre las mentes de los hombres! Y ese poder jamás es utilizado para hacer el bien, sino todo lo contrario. A comienzos de 1944, el monasterio de Monte Cassino, que estaba en poder de los alemanes, fue bombardeado y prácticamente destruido por los aviones americanos; los alemanes se atrincheraron en las ruinas, y entre el 17 de enero y el 18 de mayo de aquel año esas ruinas fueron escenario de cuatro grandes batallas entre los aliados y los soldados de Hitler. Murieron 54.000 soldados aliados y 20.000 alemanes. Y ¿saben por qué y para qué?... Aquel monasterio no era un enclave estratégico

importantísimo, como entonces se dijo, sino un simple punto que los norteamericanos podían haber rodeado sin mayores problemas en su avance hacia Roma. ¿Por qué entonces tantas muertes innecesarias? ¡Yo se lo diré! Sencillamente, porque Hitler guardaba allí esa estatuilla maldita, la tenía escondida desde que la encontró seis años antes. Eisenhower y Patton lo sabían, y querían arrebatársela. Por eso decidieron tomar el monasterio costara lo que costase. ¿Conocen las antiguas profecías de Nostradamus y Gunter Stemberger sobre el III Reich y el Nazismo? Si no las conocen, les aconsejo que las lean.

El asombro que semejantes revelaciones producía en ambos periodistas iba creciendo por minutos. Aquel viejo, que olía fuertemente a una variada mezcla de inciensos como consecuencia de pasarse la vida metido en la tienda vendiendo cajas de barritas, les había dicho en tres minutos más cosas sobre la figura misteriosa de lo que hubieran podido soñar. Y eso que se había detenido sólo en un breve episodio. Así que Alex consideró conveniente ampliar información.

-Hermano, yo no podría decirle con seguridad si estamos hablando de la misma escultura; ¿podría darnos algún otro detalle?, y, en todo caso, ¿sabe que fue de ella cuando Monte Cassino cayó en manos de los aliados?

-Estamos hablando, sin duda, de la misma estatuilla. El Archimandrita es, como sospecho que usted ya sabe, pequeño y muy antiguo, de una sola pieza maciza tallada en algún tipo de mineral desconocido, durísimo y muy compacto, por lo que pesa mucho más de lo normal. Según la tradición, es un potentísimo talismán, y su simple posesión convierte a su propietario, sea quien sea, en alguien dotado de un poder ilimitado sobre la mente y la voluntad de los demás. Un poder hipnótico capaz de obligar a quienes estén bajo su influjo a cometer cualquier acto que el poseedor de la figura quiera ordenarles.

-Y el mensaje que contiene, ¿qué significa?

El viejo monje se quedó repentinamente callado y miró con asombro a Alex. Tardó unos segundos en reaccionar.

-¿De qué mensaje habla? No hay ningún mensaje. La estatuilla está tallada en una sola pieza sólida y es completamente lisa, por lo que no figura mensaje alguno en ella. En su magnetismo está su mensaje.

-Es decir -preguntó el cada vez más extrañado Alexque nadie ha abierto jamás esa estatuilla ni ha visto si en su interior hay algo encerrado...

-No, que yo sepa. Las leyendas no hablan de eso, sólo de su fuerza como talismán. Nunca se ha sabido de nadie que hubiera encontrado nada dentro.

Ni Alex ni J.C. estaban seguros de si sería prudente sacar al fraile de su error, así que decidieron guardarse por el momento la información sobre el pergamino escondido en la figurilla. Y decidieron también obtener la máxima cantidad posible de información, por lo que se aplicaron a camelar al monje.

-Hermano, estaremos aquí hasta mañana, ya que tenemos que hacer unas entrevistas en el Monasterio de la Santísima Trinidad; ¿querría usted dedicarse un rato esta noche a recopilar cuantos datos sobre esto pueda encontrar o recordar? Nosotros volveremos a pasar por aquí mañana, y si son de utilidad sus informaciones, cosa que no dudo, tendremos mucho gusto en regalarle a usted un burro para sus desplazamientos. En otro lugar le compraríamos un coche o una moto, pero a la vista de las carreteras de aquí, el pollino seguro que le viene mejor.

-No necesito que me compren un burro, porque aquí ya tenemos tres para la comunidad, y además yo ya no voy a ninguna parte. Por otra parte, lo que ustedes me están diciendo a medias, ocultándome muchas cosas, es tan grave e importante que dedicaré toda la noche a recopilar cuanta información pueda sin que tengan que darme nada. Pero les pongo una condición: cuando yo les entregue todo lo que consiga recopilar, ustedes me dirán la verdad completa, me contarán todo eso que ahora me están ocultado. Y más les valdrá hacerlo, se lo aseguro, porque de lo contrario, si si-

guen ustedes sin tener claro lo que se llevan entre manos como veo que les está ocurriendo, me atrevo a vaticinarles un futuro espantoso, aunque eso sí, muy corto, tan corto como el tiempo que les quedaría de vida. Así pues, los espero aquí mañana a mediodía. ¿Donde pasarán la noche?

Tenían previsto en principio haber dormido en el monasterio de la Santísima Trinidad, para estar temprano en la rueda de prensa y entrevistar a John Glen, a Roger Moore y a Topol antes de que llegaran los colegas, truco éste que habían utilizado muchas veces y que en algunas ocasiones les había salido bien. Pero el recuerdo del monje espachurrado tras 40 metros de vuelo libre les hizo suponer que, muy probablemente, se estaría desarrollando allí algún tipo de investigación policial o judicial, y no era cosa de entrometerse en tales acontecimientos, teniendo en cuenta, sobre todo, que ellos eran las dos únicas personas que estaban allí cuando se produjo el aterrizaje, y que cabía la posibilidad de que algún lugareño pudiera haberlos visto, siquiera de lejos.

Decidieron por tanto probar suerte en Agias Varvaras Roussanou, o monasterio de Santa Bárbara, ese único convento de Meteora ocupado por una orden monástica femenina que antes había mencionado J.C., noticia que no pareció agradar en absoluto al adusto monje oloroso, quien les preguntó con cierto disgusto las razones de su elección, a lo que no se les ocurrió otra cosa que responderle que suponían que allí se cenaría mejor.

-Déjense de pensamientos lascivos y váyanse a dormir al Moni Megalou Meteorou (Gran Meteora o Monasterio de la Transfiguración), es el más grande después de éste, y quizá allí puedan encontrar alguna otra información que les sirva. De todas formas, no les iban a dejar entrar en Agias Varvaras...

Cuando llegaron a la habitación que amablemente les cedieron en el Gran Meteora, ambos estaban a punto de pedir la extremaunción. Tras haber arribado al monasterio por otro

caminejo de cabras, comprobaron que el sistema de ascensores era similar al que va conocían, y que se tardaba algo más de media hora en subir los casi cincuenta metros de altura a base de red, cuerda y poleas; así que decidieron tomar un camino alternativo, de más reciente construcción y algo más rápido v seguro, aunque como comprobarían pronto, mucho más cansado. Un largo y agobiante túnel en pronunciadísima pendiente y una escalera no menos agotadora llevaban hasta la explanada en la que se erigía el imponente y vetusto edificio. Tras trasegarse cada uno media botella del ouzo que el amable monje recepcionista les ofreció, recuperaron el aliento encendiendo unos puritos y se prepararon para la segunda parte de aquella especie de ascensión a los cielos. pues les dieron la habitación más elevada del ya de por sí altísimo edificio. Tras informar al monje que les acompañaba de que no querían bajar a cenar, como éste amablemente les había ofrecido, se excusaron diciéndole que si acaso va cazarían algún cóndor u otra ave especialista en grandes alturas que pasase delante de su ventana.

A la mañana siguiente, disfrutando de unas agujetas y dolores semejantes a los que se experimentan cuando uno se cae de un avión, volvieron a Agias Triados para encontrarse con la sorpresa de que allí no había ocurrido nada el día anterior. Los encargados del montaje de la rueda de prensa habían instalado un par de grandes carpas para las mesas del catering y unas cuantas sillas de campaña para los invitados. No había ningún monje a la vista, y decidieron subir para hablar con el hermano Gelasio, el que los había recibido el día antes. Esta vez fueron ellos mismos quienes tuvieron que tirar de la cuerda a brazo limpio, ya que el monástico recepcionista no estaba en su puesto. Ni tampoco pudieron encontrar a ningún otro fraile que les dijera algo sobre lo que habían presenciado allí unas horas antes. Pero nadie sabía una palabra, o más bien una especie de férrea lev del silencio se cernía sobre aquella montaña sagrada. Sí les informaron, en cambio, de que el her-

mano portero había desaparecido misteriosamente la noche anterior, pero al parecer eso era algo que hacía con frecuencia, y nadie se había alarmado.

Llegaron los chicos de la Warner, que traían al director y los actores de la película de Bond; llegaron también diecisiete periodistas de distintos países, todos de medios importantes, y durante un par de horas se desarrolló allí una pacífica y calurosa fiestecilla informativa regada con refrescos y champagne, este último muy bien recibido por todo el mundo. Cuando ya se acercaba la hora de comer, todos volvieron a subir al viejo autocar que los había llevado hasta allí saltando por el horroroso sendero y que despareció en medio de una cerrada polvareda, llevando dos pasajeros más que en el viaje de ida.

El autobús debía pasar por La Gran Laura antes de abandonar la península de Khalkidhiki, camino de Atenas, y allí bajaron Alex y J.C. para hablar por última vez con el anciano Palamedes. Lo cierto es que habían adelantado bastante poco con aquella visita a Meteora, y su última esperanza estaba en el viejo monje aromático. No lo encontraron en la tienda de recuerdos, y decidieron mirar en la trastienda en la que, en su primera visita, Palamedes les había contado lo que sabía sobre el Archimandrita. Y allí les esperaba una nueva sorpresa desagradable.

El monje estaba recostado sobre su mesa, como si se hubiera quedado dormido mientras escribía, pero el haz de barritas de incienso que tenía profundamente hundido en el cogote sugería, sin dejar demasiado lugar a la duda, que el anciano Palamedes había abandonado este mundo.

-Como esto siga así, cuando nos marchemos de aquí no va a quedar un monasterio abierto -se quejó amargamente Alex-. Vamos a buscar a ver si nos dejó algún mensaje o algo de lo que pudo averiguar, si es que pudo. Mira, tiene la cabeza sobre un papel con algo escrito. Está manchado de sangre, pero se puede leer...

El viaje de vuelta fue accidentado, agobiante y tan incómodo como era de esperar. Y amenizado, de paso, con la sensación de que algo terrible podía pasar en cualquier momento. Aquella sensación de que alguien los seguía y los observaba, que habían notado por primera vez en el sendero que conducía al Monasterio de la Santísima Trinidad, se intensificó hasta irse convirtiendo en absoluta congoja mientras recorrían el camino que los alejaba de La Gran Laura, donde dejaban un monje asesinado cuidadosamente escondido en un arcón de la trastienda de la tiendecita de recuerdos, y cargando con un papel manchado de sangre.

El viaje hasta Atenas no tuvo más historia que un pequeño incidente ocurrido en un restaurante de un pueblecito, donde pidieron Fakes, una desgraciada elección ya que el plato no satisfizo a J.C., quien tuvo unas agrias palabras con el cocinero en referencia tanto a los ingredientes de ese plato como a su elaboración.

-Usted será griego, buen hombre, pero el Fake no se hace así en absoluto -le espetó indignado J.C. al cocinero y propietario del local cuando éste salió a escuchar sus argumentos-. Sepa que un hermano de un tío-bisabuelo mío vino a Grecia hace ya mucho tiempo a comprobar si Ulises existió de verdad o si por el contrario era producto de las mentes calenturientas de algunos historiadores imaginativos; y sepa también que para poder pagarse aquella investigación montó un pequeño restaurante en Atenas, que tuvo un enorme éxito gracias a un plato que mi tío-bisabuelo inventó, y al que dio el nombre de "moussaka", del que no sé si usted habrá oído hablar alguna vez. Y fue ese gran hombre quien estableció las bases de cómo debe elaborarse el Fake, un plato que, para que usted lo sepa, no es sino una especie de potaje de lentejas que se sirve con aceitunas v se adereza con vinagre, v que hemos pedido por la sencilla razón de que es el más barato de la carta, lo que no implica que por ello haya de ser también el más asqueroso. Esto que nos ha servido lo da usted de rancho en una cárcel y hay un motín con baño de sangre.

Tras una vergonzosa discusión de diez minutos entre el descendiente del inventor de la moussaka y el indignado mesonero griego, y ante las amenazas, por una parte, de llamar a la policía, y por otra, de llamar a la esposa del cocinero y a un gigantesco perro que había en el patio, terminaron el condumio a toda prisa y abandonaron el local con dos sentimientos distintos. Uno, el de J.C., profundamente irritado con el posadero, y otro el de Alex, indignado con igual intensidad, pero con su primo.

-Dime, ¿tú estás loco, verdad? Estamos huyendo de un sitio en el que en dos días ha muerto más gente que en una película de Peckinpah y lo único que se te ocurre es ponerte a discutir con un paleto porque te da unas lentejas aguadas. ¿Cómo se te ocurrió decir, sin más, "¡Vaya mierda de Fake!", a gritos y en inglés?

-Porque yo, con la comida, no transijo.

El regreso a España se produjo sin más altercados ni asesinatos. El único incidente destacable fue el que un fotógrafo, compañero y amigo de ambos, D.J. Houses, que estaba en Atenas haciendo un reportaje del Partenón para un folleto publicitario de una empresa de restauraciones y cubriendo de paso la elección de "Miss Grecia", protagonizó, como solía ser su costumbre, un incidente en el avión cuando va volaban hacia Madrid. Houses tenía el molesto hábito, adquirido no se sabe dónde, de enfriar el bourbon que llevaba en una botella -comprada en la free-shop-, en el chorrito de aire del que cada pasajero dispone para refrescarse, costumbre ésta que, según la intensidad del chorrito, permitía conocer la nacionalidad de los seis u ocho vecinos de pasaje del bueno de Houses. Alex coincidía constantemente con él en conciertos importantes en cualquier lugar del mundo, y tenía un amplio conocimiento de la operación de enfriamiento del bourbon y del surtido de insultos que ésta provocaba, va que si el chorrito de aire que surgía del ventilador unipersonal disponía de suficiente potencia, Houses pintaba al gotelé con bourbon a seis u ocho personas, ninguna de las cuales, por lo general, solía agradecer su detalle de invitarles a unas gotas de licor caliente servidas en sus cogotes, frentes o solapas. Alex había recopilado, a lo largo de treinta o cuarenta viajes a distintos países en compañía de Houses, una abundante colección de invectivas en diferentes idiomas, muy útil para ulteriores desplazamientos a distintos puntos del globo.

-Oye, querido -le preguntó Alex un día, un par de años después, en medio de otra catarata de improperios que acababa de provocar con su vasito de papel encerado lleno de "Four Roses" hasta el borde-, ¿esto lo haces para soliviantar al pasaje o porque de verdad crees que ese chorrito enfría el bourbon? ¿No se te ha ocurrido nunca pedirle hielo a la azafata?... Y desde aquel día, D. J. Houses ya no volvió a refrigerar por aire el contenido de su vasito, porque esa idea de pedirle hielo a la azafata le pareció mucho mejor.

La vuelta a la rutina de Madrid, del periódico y de la vida nocturna restituyó, en cierta medida, la paz a los espíritus de los dos periodistas que, pese a sus muy variadas experiencias pasadas, no acababan de asimilar que habían presenciado en dos días las muertes violentas de un desconocido y de un monje inocente y fragante, y que era de suponer que su visita había sido la causa directa de que ambos hubieran pasado a mejor vida de una forma tan inesperada, desagradable y escalofriante. Y para mayor desgracia, y dejando a un lado cuestiones éticas, lo peor era que no podían publicar una sola línea de todo ello, so pena de convertirse inmediatamente en sospechosos principales de ambos crímenes.

-Lo cierto es que no se me ocurre qué hacer ahora -dijo Alex. Habían traducido el escrito que el viejo Palamedes les dejó, impregnado de su propia sangre, y lo que habían sacado en consecuencia era que, efectivamente, la estatuilla del Archimandrita procedía del monasterio de Magysto Lyria, o al

menos, era allí donde se había tenido constancia por primera vez de su existencia, allá por el año 1000. Al parecer, numerosas leyendas antiguas lo relacionaban con distintos grupos, sectas y dinastías, desde los cátaros a los merovingios, y por supuesto con los templarios, que a la vista de lo ocurrido entre los años 1000 y 1307, fueron sin duda la flor y nata del mundo más glamouroso de la época.

En la carta, mensaje o como pudiera calificarse al ensangrentado papel que el balsámico y desgraciado Palamedes les dejó como última prueba de su paso por el mundo, además de pergeñar una breve historia de los oscuros orígenes del Archimandrita el buen monje aventuraba un par de posibilidades sobre su paradero en aquellos momentos. Según lo que se sabía, la estatuilla había recorrido un larguísimo e intrincado camino desde que salió, en el año 1000, del monasterio de Magysto Lyria con rumbo desconocido. Los monjes, en los siglos siguientes, supieron de él gracias a una serie de datos que llevaron hasta allí visitantes, bandidos y salteadores de toda lava, algunos tan especialmente indeseables como los almogávares, una miserable horda de mercenarios que, en nombre del reino de Aragón y de Cataluña, perpetraron en Meteora v sus monasterios las peores matanzas y las más abvectas salvajadas de que se conserva recuerdo en Grecia.

-Esta referencia que el monje deja sobre los almogávares, que para los griegos eran unos bandidos mercenarios llegados de España, me aclara en cierta forma por qué aquel tabernero te sirvió unas lentejas tan asquerosas -le comentó Alex a J.C.-. Por lo poco que aquí se dice, resulta evidente que todo lo que durante mucho tiempo llegó hasta Grecia desde Cataluña o Aragón estaba bastante mal visto.

-Lo cual estaba muy justificado -respondió su marisabidillo primo, que se lanzó a disertar sobre el tema-. El Monte Athos, precisamente por su propia indefensión, por ser un ser un lugar lleno de monjes y tesoros que no contaban con ningún tipo de protección, y cuyos monasterios basaban su precaria seguridad en el mero hecho de estar construidos en cimas teóricamente inaccesibles, fue el blanco preferido por los piratas y mercenarios que infestaron el Mediterráneo durante cinco siglos. A lo largo de su historia, el Monte Athos ha sido una víctima constante de los ataques de piratas, sobre todo árabes y turcos, pero los peores latrocinios y de los que peor recuerdo guardan los monjes hasta el día de hoy, fueron los que perpetraron los almogávares, una banda de forajidos que, en teoría, eran mercenarios al servicio de la Corona de Aragón, aunque hay que decir en descargo de los españoles que muy pocos de aquellos almogávares eran aragoneses, sino que se trataba en su mayoría de mercenarios europeos y sólo de algún catalán que otro; aquellos ladrones sanguinarios, que asombrosamente algunos consideran hoy valientes y heroicos soldados, degollaron a cientos de indefensos monjes y saquearon los monasterios para después llevarse a Barcelona como botín los tesoros robados a sangre y fuego. El cabecilla de aquella caterva de maleantes era el mercenario y pirata de origen alemán Roger de Flor -que para mayor escarnio tiene una calle con su nombre en Barcelona, donde además hay otra dedicada a los almogávares-, que acabó asesinado en Adrianópolis –actual Edirne, en Turquía–. A los almogávares, para vengarlo, en lo que se conoce en la Historia como "la venganza catalana", no se les ocurrió otra cosa que saquear una vez más los monasterios del Monte Athos torturando hasta la muerte a sus indefensos monjes y robando todo el oro que pudieron encontrar. La historia dice que al puerto de Barcelona llegaron toneladas de oro y joyas procedentes de aquellos expolios y asesinatos en masa perpetrados en nombre de la Corona de Aragón. Así se comprende que en toda esa zona de Grecia no sientan un aprecio especial por los catalanes y los aragoneses. Han pasado siglos, pero la memoria de esas gentes transmite de generación en generación un sentimiento de profundo rencor, muy justificado, por otra parte, como antes te dije. De ahí que, ahora que lo pienso, antes de volver a pedir la comida en cualquier restaurante en Grecia, le resumiré al propietario mi genealogía -concluvó su culto discurso I.C.

Alex y su primo entregaron en el periódico el producto de su accidentado viaje: un reportaje sobre la presentación de la película de Bond, otro sobre los monasterios de Meteora y un tercero sobre una posible ruta turística para hacer en la zona, todos ellos convenientemente ilustrados con unos cuantos cientos de diapositivas y unas sorprendentemente reducidas notas de gastos.

-Se nota enseguida que no había bares en el sitio ese del que venís, ¿verdad, chavales? -les preguntó con sorna López, del departamento de contabilidad, encargado de pagar a los reporteros sus gastos de viaje, lo que siempre hacía protestando y criticando, como si el dinero saliera de su propio bolsillo. Fenómeno éste que, sin embargo, no era privativo de López, sino que era una característica casi general de todos los encargados de pagar las notas de gastos o entregar material de oficina a los redactores en todos los medios de comunicación del mundo, ya fuesen escritos o audiovisuales.

-Bares sí había, querido, pero le prometimos a tu mujer que no beberíamos, porque siempre se preocupa mucho de mantenernos en buen estado. Pues buena es...

-¡A la mierda! ¡No aguanto bromas con eso, os lo tengo dicho, gilipollas! ¡Iros los dos a la mierda!

Tras el tradicional y nauseabundo comentario injurioso para cabrear a López, se dirigieron cada uno a averiguar qué novedades les deparaba la vida encima de sus mesas. Parecía que el incidente del viejo general Bronswick había sido casi completamente olvidado, superado por otros muchos acontecimientos más recientes, peculiaridad ésta que se debía simplemente a que el hecho había sucedido en un periódico, porque de haber acaecido en alguna dependencia de un ministerio habría permanecido en la memoria colectiva durante décadas. Pero las salpicaduras de sangre ya habían desaparecido de las paredes y el mobiliario de la recepción, lo mismo que parecían haberlo hecho también de los recuerdos de los conserjes, cosa a la colaboró sin duda el hecho de que otro

suceso, menos sangriento pero aún más morboso que el del viejo general, había venido a convertirse en comidilla oficial de todos desde un par de días antes. Ocurrió que una espectacular rubia se había presentado dos tardes atrás ante la misma mesa que el anciano militar escocés, provocando un considerable sobresalto en los tres ordenanzas de turno de tarde. que en un primer momento pensaron que padecía hidrofobia, dada la cantidad de espumarajos que brotaban de su boca. Al parecer, la intención de la dama, que llevaba un llavero en la mano, no era otra que la de obligar por la fuerza a cierto periodista a tragárselo a palo seco. Era una placa metálica cuadrada y de bordes cortantes que llevaba sujetas mediante un aro cinco llaves, que todos supusieron correspondían al portal, puerta de entrada, puerta de servicio, buzón y garaje de alguna vivienda. Y añadió que si el interpelado no se presentaba allí en tres minutos, llevaría el llavero a la señora del miserable, con el fin de que fuera ésta misma quien se lo hiciese deglutir, algo que con toda seguridad haría una vez enterada de a qué cerraduras correspondían aquellas llaves.

Esta vez, el periodista en peligro no se atrevió a bajar a recibir a su visita, sino que suplicó a un colega, el más guapo del periódico –cosa que le había valido numerosas enemistades por pura envidia, ya que además era un desgraciado becario– que bajase él al ruedo y torease como pudiera a aquella fiera corrupia, sin reparar en gastos ni andarse por las ramas. En tres minutos, el bello becario, recientemente incorporado a la redacción, consiguió reducir a aquel bravo ejemplar de amazona rabiosa y llevársela, llorosa y bien ceñida por el talle, a tomar unos gin tonics y a que ella le enseñase lo mono que era el apartamento que el "cabrón embaucador" (sic.) de su jefe le había dicho que tenía que dejar, alegando que su conciencia, repentinamente, no le permitía seguir pegándosela a su señora.

Como es evidente, aquel suceso tuvo una repercusión infinitamente mayor que la del protagonizado unos días atrás por el anciano general. Esta vez el morbo era de cinco estrellas,

ya que aunque la enfurecida mujer había informado a grandes voces de la identidad del motivador de su ira, por razones de mero corporativismo se daba por supuesto que podía tratarse de un infundio, una venganza o un simple acto miserable de alguno de los muchos enemigos que cualquier periodista suele llevar siempre en su estela. Por eso, en teoría, nadie decía creer que el acusado fuera realmente culpable, pero en la práctica era muy diferente. Y los comentarios, ampliaciones de datos, anécdotas colaterales y detalles morbosos que fueron añadiéndose a lo allí ocurrido alcanzaron cotas espectaculares. Todo ello era razón más que suficiente para que el asunto del Archimandrita fuese ya algo casi olvidado. Alex y J.C. pensaron que sería mejor que las cosas siguiesen así, y decidieron guardar el secreto más absoluto sobre el asunto de los dos fiambres que habían dejado atrás en Grecia.

Ambos primos, tras añadir un par de nuevos datos, extraídos simplemente de su imaginario y su humor negro, a aquella deleznable historia de la rubia de las llaves, se fueron a darle vueltas al ensangrentado papel que el bueno de Palamedes les había dejado en herencia a costa de su propia vida. De nuevo en su piso, Alex fue recibido como de costumbre por sus tres gatos, es decir, con grandes carantoñas, frotamientos y maullidos en distintos tonos.

- -Estos gatos tuyos, más que gatos parecen perros.
- -Sí, pero no con todo el mundo.
- -Así no podemos seguir -dijo repentinamente J.C. mirando fijamente el testamento de Palamedes-. O dejamos esto y nos olvidamos de todo o nos buscamos la vida para que alguien nos ayude a entender esta especie de compresa usada que nos dejó el monje y a comprender lo que dice el puñetero pergamino parido por tu muñeco, porque no vamos a estar el resto de nuestras vidas pulverizándonos las meninges. Escoge.

-Primero vamos a analizar esto -puntualizó Alex-. Aparte de que el inglés de este pobre fraile era bastante mejor que el del otro, no resulta demasiado inteligible el mensajito. Vamos a traducirlo cada uno a nuestra manera y a ver qué nos sale.

Lenta y esforzadamente las palabras del viejo monje griego fueron trasladándose de su inglés pasado de moda al castellano de J.C., que transcribía literalmente, y al de Alex, que según escribía iba tratando de encontrar un sentido al texto y le daba una forma gramaticalmente más o menos comprensible. Finalmente, la trascripción de la nota escrita por el monje griego decía lo que sigue:

De la fuerza del espíritu del hombre nace la bondad. De la fuerza del espíritu del hombre nace la maldad. Es el hombre el que debe saber cómo utilizar la fuerza de su espíritu. En la fuerza del hombre está su alma. Solo él puede saber cómo utilizar su alma. En algunos hombres, esa fuerza, para el bien o para el mal, y su propia alma, serán como rayos que saldrán de sus brazos v que dominarán a los otros hombres. La fuerza y el alma estarán unidas para el bien o para el mal. La figura que lleva el mensaje será quien muestre al hombre los dos caminos. El hombre será quien decida qué camino escoge. Que la fuerza os acompañe...

El extraño verso venía acompañado por unas notas del hermano Palamedes en la que les explicaba dónde había encontrado ese texto que a él le parecía muy revelador. Lo había sacado de la reproducción de uno de los manuscritos descubiertos unos años antes en Qumran, que estaban revolucionando el mundo de la arqueología. Empezaban a ser conocidos en todo el mundo como "Los manuscritos del Mar Muerto".

Si te ha gustado, te agradeceríamos que le diaras "Me gusta" en nuestra página de Facebook y que lo compartieras.

http://facebook.com/adalizediciones

Recuerda, así mismo, que puedes comprar el libro en papel y te lo enviamos al domicilio que nos indiques. Envío gratuito para toda la península.

http://adaliz-ediciones.com/home/19-el-archimandrita.html

¡Gracias!